

# De cómo en la ciudad de Burgos se contempló y celebró un eclipse total de sol en 1905

---

## I

Sesenta y ocho años han pasado desde que en 30 de agosto de 1905 ocurrió un eclipse total de sol, visible únicamente en España y con notable duración en Burgos. Suceso tan extraordinario motivó enorme afluencia a nuestra ciudad de forasteros de naciones muy diversas, entre ellos numerosas comisiones oficiales de astrónomos españoles y extranjeros y que se celebraran en Burgos festejos dignos de recordarse.

Contaba yo catorce años, esa edad en que el adolescente tiene ya abiertos los sentidos a toda curiosidad y se fijan profundamente en su recuerdo las impresiones nuevas que recibe. Y transcurrido el 30 de agosto, conservé memoria visual muy precisa de escenas concretas que, aun contempladas hace tantos años, subsiste en mí su imagen indeleble. Así, la ascensión del enorme globo llamado «**Júpiter**» que, con un baño de aluminio, parecía de plata, en un efecto fantástico, el landó descubierto en el cual, rigurosamente enlutada, la Familia Real —nunca vista por mí—, subía, seguida de su comitiva, en coches al Cerro del antiguo Castillo para contemplar desde allí el sol oscurecido y, sobre todo, el increíble aspecto de las calles de Burgos, repletas con la mayor aglomeración de gente que jamás tuvieran.

Como en la senectud se recuerdan con viva intensidad e interés los sucesos remotos, he querido disfrutar leyendo, despacio y pluma en mano, cuanto de aquellos días, extraordinarios para la historia de nuestra ciudad, quedó escrito, que fue muchísimo, y también la Prensa coetánea. Hasta quince ex-

pedientes, alguno voluminoso, tramitados por diversos motivos, en relación todos con el eclipse, encontré en el Archivo municipal, además de los libros de Actas del Ayuntamiento. Pocos conservamos recuerdo de aquellos sucesos y me parece muy justo divulgar la actuación admirable de unos hombres, ya fallecidos, que en población pequeña —(30.000 habitantes)— y con escasos elementos, lograron por su gran cariño a Burgos y mediante entusiasmo y actividad muy bien organizados, que se elevase unos días ante las miradas del mundo el prestigio de España.

Además, los sucesos relevantes y las costumbres que caracterizan una época no suelen coincidir precisamente con la medida oficial para división del tiempo. El eclipse fue en 1905, pero en verdad, por muchos aspectos y detalles, más que descripción de hechos ocurridos en pleno siglo XX, creo dejar escrito aquí un cuadro realista de fines del XIX que, con la vertiginosa rapidez de la vida actual, se nos aleja y parece ya un siglo remoto e interesante.

\* \* \*

En la primavera de 1905 se divulgaban noticias ciertas sobre el eclipse total de sol esperado para fin de agosto y que no se repetiría en muchísimos años. De las naciones europeas únicamente en España se vería y en su totalidad tan sólo desde una faja entre Coruña y Castellón. Para casi todas las capitales de provincia comprendidas en ella el tiempo del eclipse resultaría insignificante. Sólo Burgos y Soria podrían contemplarle más de tres minutos. Burgos tres minutos cuarenta y dos segundos y Soria seis segundos más, diferencia ésta inapreciable para el espectador vulgar y aún de poca estima para el científico, atendidas otras condiciones. Nuestra ciudad, con población y elementos superiores a los de Soria, tenía además excepcional situación en la línea férrea del Norte, la más importante de las españolas, comunicando con todo el Norte de Europa.

El Ayuntamiento burgalés no podía quedar inactivo en tan excepcionales circunstancias. Y supo apreciar en toda su complejidad los muy graves problemas ineludibles que ellas le planteaban, decidiéndose a resolverlos del mejor modo, mediante el trabajo de todos y el sacrificio económico que resultara

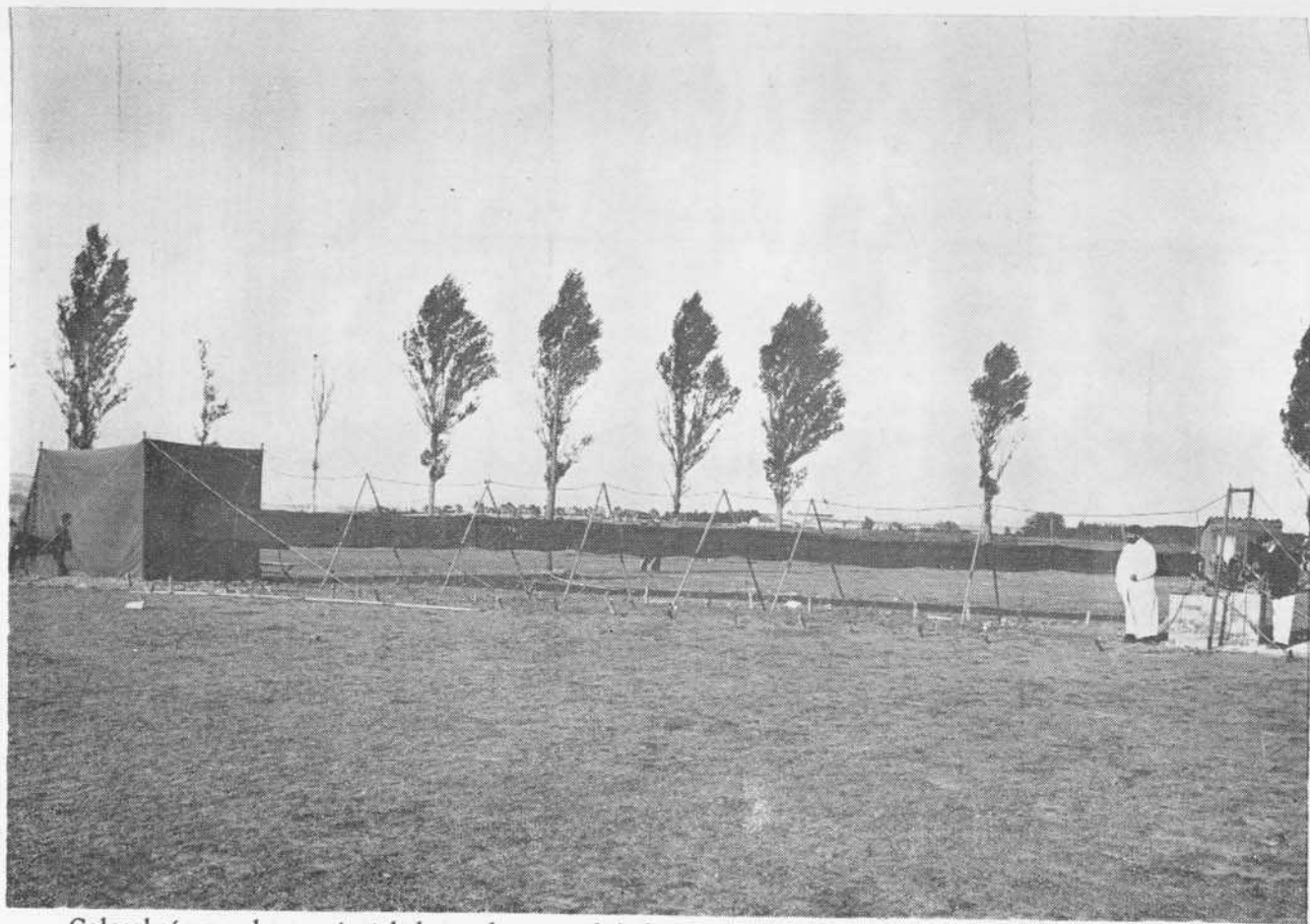
necesario. En sesión de 12 de mayo, presidida por el Alcalde don Lucas Sáiz Sevilla, se reconoció con entusiasmo la obligación que tenía Burgos de procurar alojamiento digno a los miles de forasteros que en él coincidirían y de modo especial a los numerosos grupos científicos de astrónomos españoles y extranjeros. En acta quedó la terminante resolución de quienes regían la Ciudad: «**Burgos —escribieron— ha de quedar a la altura que le corresponde**». Y acordaron designar una Comisión municipal organizadora de cuanto con el eclipse se relacionase.

Para resolver la cuestión económica asignaron por de pronto treinta mil pesetas, cantidad de alguna importancia dado el valor de la moneda entonces y la modestia de nuestra Hacienda local. Se nombró a quienes habían de constituir la Comisión especial para el eclipse. Pronto se estimó conveniente completarla con otras personas de prestigio en la ciudad que, aun sin formar parte de su Ayuntamiento, serían muy útiles por sus condiciones particulares, como el dominar algún idioma extranjero, etc. Así fueron nombrados el 7 de junio don José Díaz Oyuelos, el Conde de Berberana, D. Pedro de Obregón, D. Rodrigo de Sebastián, D. José López Zuazo, D. Emilio Veza, D. Juan Antonio Cortés, y D. Ismael Norzagaray. Aún designó el Ayuntamiento en la siguiente sesión a D. Eloy García de Quevedo, D. Genaro Pérez Villarejo, D. José Sarmiento, D. Isidro Gil, D. Guillermo Roca, más los Directores de periódicos locales. No podía prescindirse de un delegado del Capitán General. Con tal carácter eligieron al Coronel de Artillería D. Luis Torre Villanueva. Para mayor eficacia en sus trabajos, el pleno de aquella amplia Junta Ejecutiva —que así fue denominada— se dividió en tres Comisiones: de **Propaganda**, presidida por el Concejal Fernández Cavada, la de **Festejos**, con el Teniente Alcalde Amézaga como Presidente y la de **Recepción y Alojamientos** que dirigió el también Teniente Alcalde Alonso de Armiño.

Tuvieron gran acierto al designar, dada su personalidad relevante, Secretario General de tal Junta Ejecutiva a don Manuel Gil-Delgado y Pineda, 18.º Señor y 5.º Conde de Berberana, que pertenecía a la Comisión de Festejos. Fue quien en ella expuso muy pronto —18 de junio— su creencia de ser obligado para Burgos invitar al Rey y su familia a que contemplaran el eclipse de esta ciudad como lugar de la nación más adecuado.

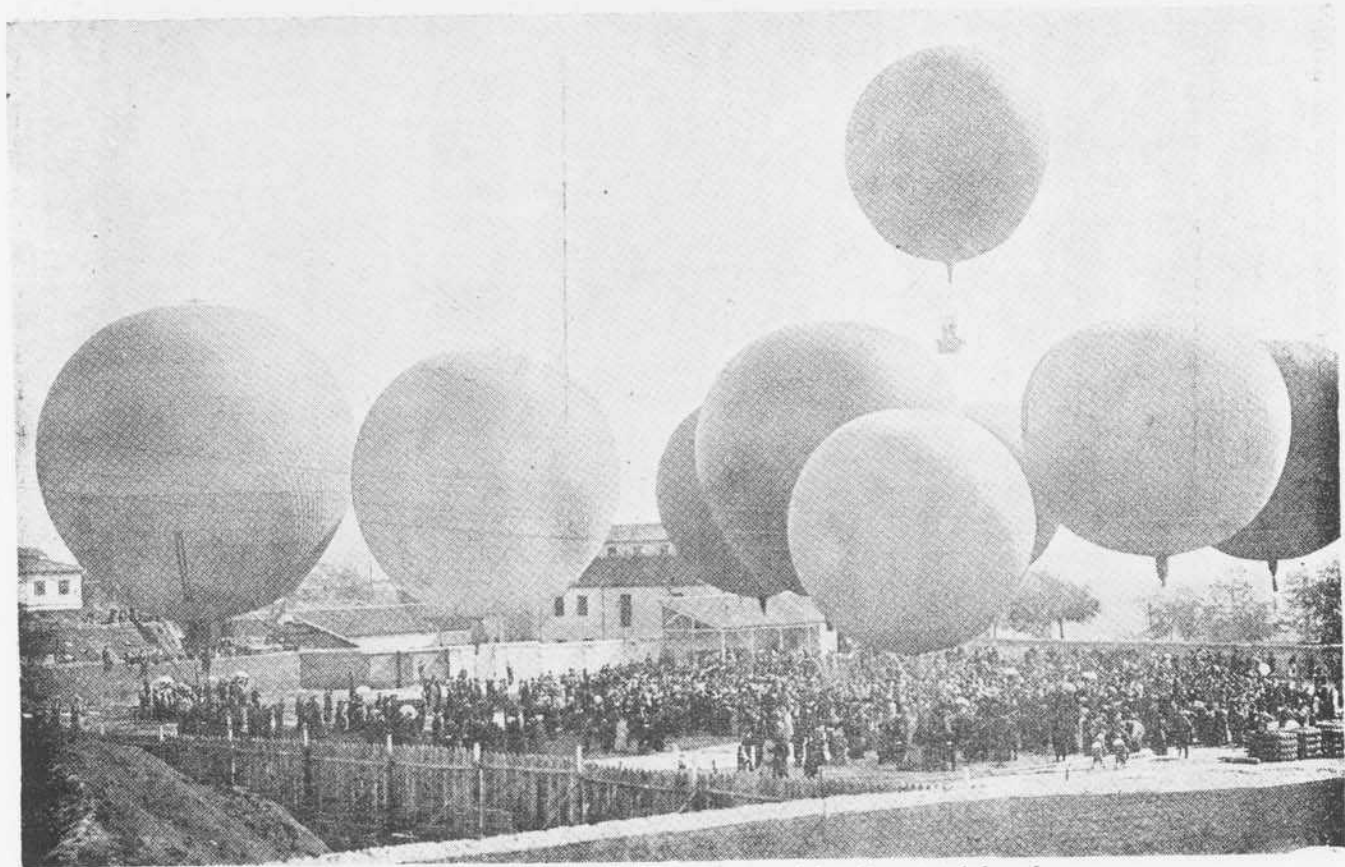


**Acto solemne de la colocación, por la Familia Real, de la primera piedra destinada a erigir un monumento al Cid, en la Plaza de Castilla.**

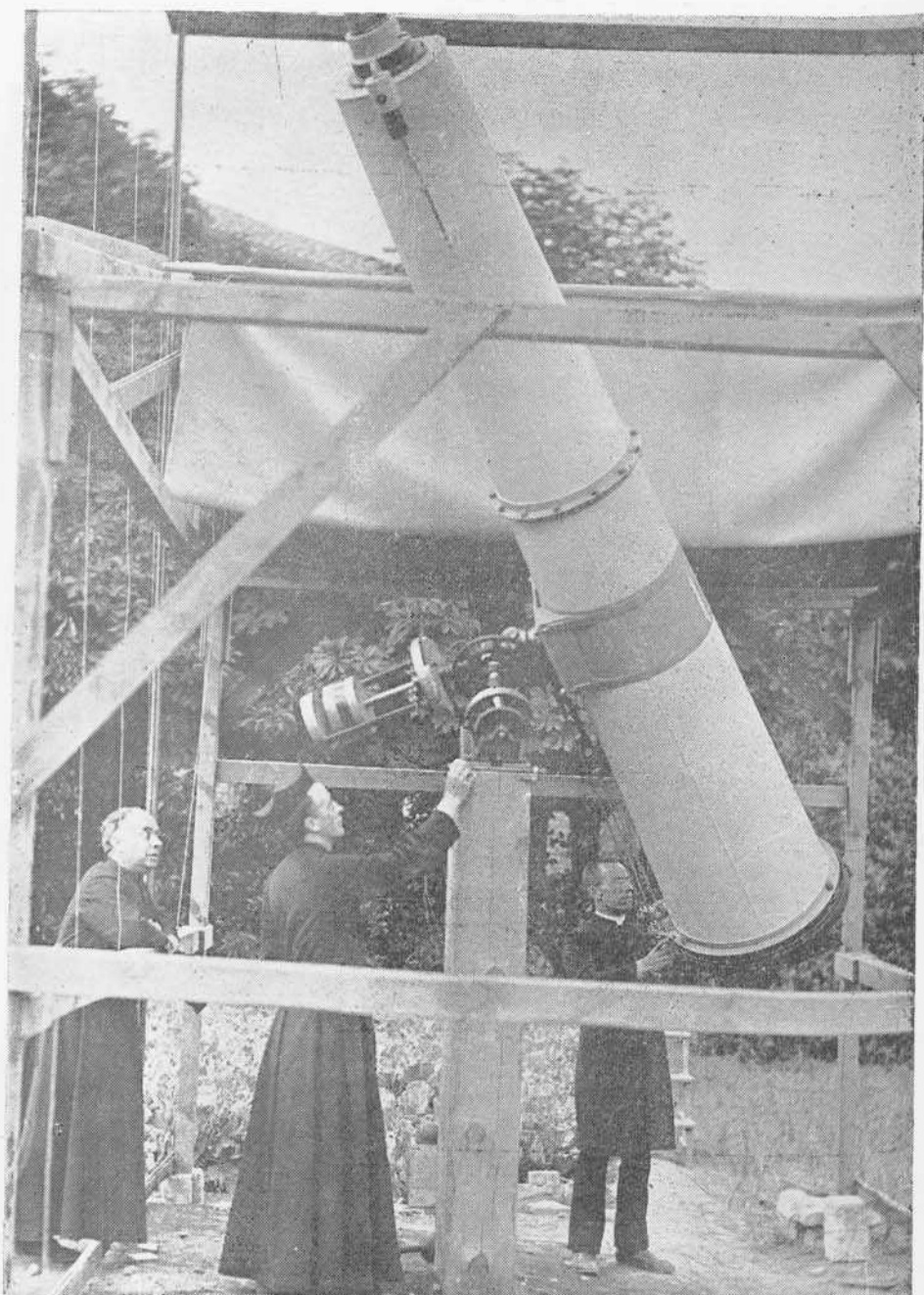


Colosal cámara alemana instalada en el campo «Lilaila», capaz de fotografiar las fases del eclipse, con placas de 50 x 60 ctms.





Elevación de globos para la observación del eclipse total de sol.



Astrónomos jesuitas alemanes en la huerta del Convento de la Merced, con aparato para fotografiar los alrededores del sol durante su eclipse.

Acogieron con entusiasmo tan oportuna propuesto los compañeros de Comisión y la Junta Ejecutiva pidió al Ayuntamiento que invitara al Monarca y aun le indicase la necesidad de venir, pues uno de los actos proyectados por la Comisión de Festejos, a iniciativa de don José Díaz Oyuelos, era colocar la primera piedra de un monumento al Cid, honor que correspondía al Rey. Para dicha invitación fueron a Madrid el Alcalde, el Teniente Alcalde Amézaga y el Secretario General de la Junta Ejecutiva, quien resultaba indicadísimo cumplidor de tal cargo por ser el Conde de Berberana uno de los más antiguos Mayordomos de Semana que prestaba servicio en el Palacio Real.

Muy probable era que se pidiesen desde el extranjero a algunos Ministerios nuestros datos sobre alojamientos en Burgos para grupos científicos enviados oficialmente a estudiar el eclipse, y Berberana se apresuró, como medida primordial, a telegrafiar a nuestro Presidente del Consejo de Ministros, comunicándole haberse constituido en Burgos la Junta Ejecutiva, cuáles eran sus actividades y que cualquiera podía ya dirigirse a aquél como Secretario General pidiéndole datos. Esto mismo y «para desvirtuar informes equivocados» —según dice el expediente— encargó que lo insertaran «El Imparcial», «El Liberal», «La Correspondencia de España», «Heraldo de Madrid», «Diario Universal», «ABC», «El País» y «El Universo». Y tales periódicos, de la mayor circulación en España, publicaron que había en Burgos habitaciones de todos los precios, dándose grandes facilidades a los viajeros. Se ordenó a la agencia telegráfica «Fabra» que desde Madrid expidiera a sus corresponsales de París, Londres, Berlín, Viena y Roma, el siguiente despacho circular: «Burgos. Grands préparatifs para Municipalité pour recevoir dignement missions étrangères occasion eclipse 30 août. Maire. Burgos offert répondre renseigner toutes demandes relatives logement, monutention». Quedaba así roto el aislamiento del pequeño Burgos y abierta toda su actividad de propaganda hacia media Europa.

El 28 de junio, los comisionados en Madrid telegrafiaban haber visitado al Presidente del Consejo de Ministros y a varios de éstos, anunciando su vuelta en cuanto la familia real les concediera audiencia. Fue ésta el día 30 por la mañana y regresados el 1.º de julio en el tren rápido, daban cuenta de su actuación aquella misma tarde a la Junta Ejecutiva.

Volvían llenos de gratitud y de satisfacciones. Les habían



recibido sin tardanza el Rey, la Reina Madre y la Infanta Isabel, quienes en principio aceptaron gustosos la invitación, manifestando, sin compromiso definitivo, su deseo de que las circunstancias les permitiesen venir cuando el eclipse ocurriera. Faltaban aún dos meses.

Habían, los comisionados, comprobado en altos organismos oficiales el buen nombre y prestigio de nuestro Municipio y las simpatías de que gozaba Burgos. El Ministro de Instrucción Pública, don Andrés Mellado, anunció, desde luego, que vendría. El de Estado, don Felipe Sánchez Román, dirigió a todas nuestras Embajadas y Legaciones en el extranjero una nota, destinada a divulgarse, dando cuenta de las facilidades que para su alojamiento hallarían cuantos extranjeros viniesen a Burgos. Los Directores Generales de las Compañías de Ferrocarriles ofrecieron todos los servicios extraordinarios posibles y lo mismo el Director General de Correos y Telégrafos. La Junta en pleno otorgó a los comisionados un voto de gracias, especial para el Conde.

\* \* \*

El señor Fernández Cavada, como Presidente de la Comisión de Propaganda reunió, el 20 de junio, a sus componentes, entre ellos al Catedrático de Preceptiva Literaria e Historia de la Literatura en el Instituto Provincial burgalés, don Eloy García de Quevedo y acordaron que éste redactase, como en seguida lo hizo, una sucinta guía de Burgos, para hacer de ella gran tirada en castellano y francés y repartirla profusamente por España y países extranjeros. Increíble resultó la muy eficaz propaganda conseguida mediante tan acertado folleto. En él se explicaban, primero, las condiciones del próximo eclipse total, sólo visible en España y único que podría contemplar la generación entonces viviente. Seguía con una certera reseña de la gran riqueza histórica y artística de Burgos, ilustrada con quince buenos grabados y después de anunciar la venida de Alfonso XIII, terminaba con el programa de los principales festejos en preparación.

Con la «Imprenta Alemana», establecida en Madrid, se llegó a un acuerdo. Por 2.160 pesetas, entregaría 20.000 ejemplares, mitad de ellos en castellano y el resto en francés, con dieciséis

páginas, más cubiertas. Aquella imprenta cumplió su compromiso y el porfolio resultó perfecto.

Asombra leer el expediente sobre «remisión de carteles, programas y porfolios», pues revela un trabajo inmenso en las oficinas municipales. Muy lejos de regalarse los folletos caprichosamente, distribuyéndolos con prisa y como a voleo, se hizo un cuidadoso reparto gratuito muy meditado, siguiendo razonables criterios propagandistas para la máxima eficacia de publicidad. Se inició, naturalmente, la distribución por la familia real, ya invitada, enviándose a Alfonso XIII cincuenta ejemplares, otros cincuenta a la Reina Madre e igual número al Infante don Carlos y veinticinco a la Infanta doña Isabel. Todos contestaron agradecidos, elogiando el obsequio. El Presidente del Consejo de Ministro recibió diez ejemplares, lo mismo el Ministro de Estado, veinticinco el de Jornada, y seis cada uno de los restantes miembros del Gabinete Ministerial. Entre Senadores y Diputados a Cortes se repartieron doscientos sesenta y ocho. Cada Alcalde de capital de provincia tuvo un ejemplar.

Mayor probabilidad había de que vinieran a ver el eclipse quienes residían en provincias próximas a la de Burgos. Por ello, la Comisión eligió ocho de éstas, como lugares de propaganda más intensa. Fueron las tres Vascongadas, Navarra, Santander, Logroño, Palencia y Valladolid. En cada una recibieron porfolios sus respectivas Autoridades civiles y militares, así como los funcionarios principales de todo orden.

Sagazmente se estimaron lugares de divulgación fácil las peluquerías. Muchos clientes de ellas, más numerosos que ahora por no usarse todavía maquinillas de afeitar, podrían leer, renovándose, mientras esperaban a ser servidos, el interesante folleto y así, abundantes ejemplares del mismo, se expidieron para cincuenta y ocho peluquerías de Bilbao, treinta y una de Son Sebastián, etcétera.

La detención diaria en Burgos del tren, casi siempre lleno, llamado «rápido», en el que solían viajar personas de calidad, era también oportuna ocasión de propaganda que se aprovechó. Durante diez días, un repartidor subió, dejando entre los viajeros ejemplares que pasaron de quinientos. Más de dos mil porfolios se dirigieron a hoteles y fondas de España, Francia y Portugal. Ciento cuarenta y seis en español y noventa en francés salieron hacia Universidades y Centros docentes.

Siendo época veraniega, hallábanse muy concurridos por

personas pudientes numerosos balnearios, pues subsistía aún en terapéutica aquella moda muy siglo XIX, de tratar toda dolencia con aguas minero-medicinales. Y cada balneario inscrito en la guía oficial recibió porfolios para su sala de lectura, propaganda extendida a bastantes balnearios franceses.

Diez folletos recibió cada director de Compañía de Ferrocarril. A salas de lectura de Sociedades y Casinos se dedicaron centenares. Centenares también salieron para periódicos extranjeros y españoles. Los recibidos en Embajadas y Legaciones establecidas en Madrid, así como en todos los Consulados que naciones extranjeras tenían situados en ciudades españolas pasaron de mil seiscientos. Resultó el conjunto de aquel reparto una tarea verdaderamente abrumadora. Pero mediante ella quedó hecha con eficacia la propaganda a escala mundial.

La revista «Touring Club Hispano-Portugués» dedicó un número extraordinario al eclipse, información completísima sobre hoteles y demás alojamientos en Burgos, precios, etcétera.

\* \* \*

La Comisión de Festejos actuaba asimismo con el máximo interés. Primordial acuerdo suyo fue no dar ni una sola localidad gratis para espectáculo alguno, a fin de evitar pérdidas y disgustos. Fue decisión cumplida con todo rigor.

Inexcusable era dar a los extranjeros ocasión para conocer nuestra Fiesta Nacional con ganado y matadores de primera categoría. La amistad del Conde de Berberana con el prestigioso ganadero don Cristóbal Colón y de la Cerda, 14.º Duque de Veragua, facilitó adquirir reses excepcionales. Obran en el expediente sobre «corrida de toros» numerosas cartas que, encabezadas las del Duque con un «querido Manolo», bajo el membrete del Senado y firmando «Cristóbal», revelan sincero deseo de enviar a Burgos sus seis mejores toros por precio inferior al que tenían señalado.

Remitió Veragua, firmado ya, un extenso contrato. Daba seis reses de cuatro años por 11.000 pesetas. Algunas cláusulas eran curiosas. Así la de que se lidiarían los toros por el orden que el Duque designara. Grave conflicto posible entrañaba otra condición exigida sobre puyas y topes que habían de ajustarse a los modelos autorizados para Madrid, sin usar en modo alguno los que solían llevar los picadores. Trataba Veragua de

evitar cuanto hiciese perder a su ganado fuerza y bravura. Aceptó la Comisión las condiciones del Duque y que se pondría «de acuerdo con la Autoridad a fin de que ésta le sostenga en su compromiso», frase previsorá del conflicto ocurrido ya en algunas plazas al lidiarse reses de Veragua, por rechazar los picadores las pretensiones de éste.

En la Junta se suscitó la cuestión de las puyas. Dio ello ocasión a que Berberana, con su entereza por defender toda causa que creyera justa, apoyase la postura de Veragua, dados sus motivos. Al obrar el Duque como lo hacía ejercitaba un derecho de la Asociación General de Ganaderos del Reino, de la que fue presidente. Ni podía la Junta dejar sin cumplir el compromiso adquirido por quienes firmaron el contrato.

Fijose el 22 de agosto para apartar los toros, cuando estuviera en su castillo de Hlgares (Toledo) el Duque, quien invitó para ir a su dehesa al Conde y a cuantos le acompañasen. Les esperaba en la estación de Villaseca, con su coche, y aclaraba algunas dudas de Berberana sobre indumentaria: «Para ver los toros con comodidad montaremos a caballo, la distancia es corta, no hace falta traje especial. De ninguna manera pienses traer frac, pues aquí estoy solo con mi hijo», etcétera.

Con el Conde fueron Arangüena y Amézaga, sus compañeros en la Comisión organizadora de la corrida. En Villaseca encontraron al Duque con su hijo y la plana de vaqueros. Había preparadas en la dehesa otras dos corridas, pero dió opción Veragua a los burgaleses, advirtiéndoles que si, entre aquellos dieciocho hermosos animales, admitían los elegidos por él para Burgos, estuvieron seguros de quedar muy bien servidos. Los aceptaron con agrado. El Duque obsequió a sus huéspedes espléndidamente y Berberana, desde Toledo telegrafió nombres y pelo de las seis fieras a nuestra ciudad, donde el día 26 las desencajonaron.

Como matadores se eligieron dos maestros: Rafael González (Machaquito) y Ricardo Torres (Bombita), por 5.500 y 4.500 Pesetas, respectivamente, para ellos y sus cuadrillas. Machaquito aceptó la condición sobre el orden de lidiar las reses. No así Bombita, que pretendía el sorteo de toros y tampoco admitió las puyas reglamentarias de Madrid. Su carta, calificada en la Junta de «inoportuna» e «intemperante», mereció contestación rotunda: «Vista su carta devolvémosle contrato sin firmar. Berberana». Le substituyeron con Antonio Montes, por 3.000 pe-

setas para él, más sus dos picadores y tres banderilleros. Aún tenido en cuenta el distinto valor de aquella moneda comparado con el de la actual, resulta en verdad exorbitante el encarecimiento alcanzado hoy en la fiesta taurina.

Se fijó la tarde del 29 de agosto, víspera del eclipse, como la más propia para la corrida. Estaría ya la ciudad repleta de forasteros y concluido el trabajo de los astrónomos en preparar sus instalaciones. Próxima aquella fecha, Berberana y el Alcalde visitaron al Gobernador pidiéndole que sostuviera a la Comisión en el compromiso adquirido respecto de las puyas. Ello aumentó la tirantez en la actitud de los picadores, dispuestos a retirarse llegado el momento. Por fin, todo se arregló poco antes de la corrida. «Diario de Burgos» dio la noticia terminante, sin explicación ni comentario alguno. A las dos de la tarde el representante del Duque, por influencia decisiva del señor Arangüena, había transigido con los picadores.

En principio, la Comisión de Festejos creyó que a éstos asistirían las personas reales, pues consignó en acta su acuerdo de «hacer practicable una de las puertas tapiadas de la plaza de toros, a fin de dar a la familia real y a su acompañamiento entrada independiente de las del público». Y además, que se adornara aquel edificio y con elegancia especial el palco regio. Pero de muy distinto modo se desarrollaron los sucesos.

Reiteró el Ayuntamiento, por escrito, a la familia real la invitación de venir a Burgos hecha a fin de junio verbalmente, pues no había dado aún respuesta categórica, y le fue comunicado el programa de festejos. Ninguna objeción hizo de éstos Alfonso XIII. Su Secretario particular, don Emilio María de Torres contestó en nombre del Monarca «...muy expresivas gracias a la Comisinó de Festejos por sus buenos propósitos a fin de hacer más agradable la estancia de S. M. en esa hermosa e histórica ciudad...». Y respecto a un proyectado «tiro de pichón», añadía «...si Vd. cree puede organizarse esa «tirada», S. M. acudirá gustoso al concurso, si sus obligaciones se lo permiten». Mas don Alfonso de Aguilar, Secretario de la Reina Madre —la cual veraneaba ya en San Sebastián— contestó en nombre de ésta, también a Berberana. Encargábale «...dar a esa Junta muy expresivas gracias por tan amable invitación y decirle que siente no poder precisar lo que podrá hacer, pues desea supeditar todos sus viajes a los que haya de hacer S. M. el Rey». Revelaba esta expresión un exquisito cuidado que tenía



la ex-Reina en recordar que ya no reinaba. Vendría ella a Burgos si el Rey venía. Y con referencia a los preparados festejos, de que se la dio igualmente noticia, añadía la carta: «...aquella Señora siente infinito no poderlos admitir a causa del luto riguroso que guarda a su augusta hija la Princesa de Asturias». Había, en efecto, fallecido de sobrepardo en octubre anterior la hija mayor de Alfonso XII, Mercedes, casada con don Carlos de Borbón-Dos Sicilias. Por ello la familia real no asistió en Burgos a las fiestas. Limitose a contemplar el eclipse, poner la primera piedra del monumento al Cid y visitar la Cartuja, la Catedral y las Huelgas.

\* \* \*

En cuanto se tuvo noticia oficial de que la real familia vería desde Burgos el eclipse decidiose habilitar para hospedarla el Palacio de la Diputación, con verdadero entusiasmo de ésta. También allí se había alojado Alfonso XIII cuando en agosto de 1902, poco después de coronarse Rey, viajó para conocer diversas ciudades españolas.

A fin de convertir la Diputación Provincial en palacio real interino, se adaptó el salón de sesiones para comedor, decorado con grandes cuadros del pintor burgalés Marceliano Santa María: «El Esquileo» y «Las Navas de Tolosa». En un saloncito de conferencias dormiría el Rey con muebles de gran riqueza, estilo Luis XV. Aun prevenido por Su Majestad que no preparasen Salón del Trono, se dispuso como tal el llamado salón de Sesiones de Quintas con estrado tapizado en rojo, y bajo gran dosel un retrato de Alfonso XIII, obra del pintor burgalés Luis Manero, pensionado entonces en Roma por la Diputación. Tuvo el Rey, junto a su cuarto, un despacho de elegante sencillez.

En dormitorio contiguo al de la ex-Reina Regente y con puerta de comunicación se instaló a su hija la Infanta D.<sup>a</sup> María Teresa. Inmediatas, como era natural, estaban las habitaciones para la Duquesa de San Carlos y otra dama de la Reina Madre. Los aposentos de la Infanta D.<sup>a</sup> Isabel e Infante D. Carlos daban a la Plaza llamada entonces de Prim.

Para alhajar aquellas habitaciones solicitó la Diputación ayuda a los burgaleses que pudieran prestar muebles antiguos valiosos y decorativos objetos de arte. Lo hicieron distinguidas personas entre las que significó D. Heliodoro Jalón Larragoiti,

Magistrado respetable, hermano del Marqués de Castrofuerte. Resultó la instalación en verdad regia.

En conferencias telefónicas con el Gobernador Civil y según se iban decidiendo los viajes proyectados por la Familia Real, daba noticia de éstos el Ministro de Jornada Sr. Mellado. Alfonso XIII llegaría a Burgos el 28 de agosto al anochecer en automóvil desde la Granja. Al día siguiente su Augusta madre y la Infanta D.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> Teresa se trasladarían de San Sebastián a nuestra ciudad en tren especial, acompañadas de palatinos. La Infanta D.<sup>a</sup> Isabel el día 29 iría en automóvil desde la Granja a Segovia donde tomaría el tren rápido hasta Burgos. Y en la misma fecha llegaría ya de noche, también en tren, el Infante D. Carlos, procedente del extranjero.

Días antes de que Alfonso XIII viniese lo hizo desde «Las Fraguas» (Santander) el Duque de Santo Mauro en su automóvil, con la Condesa de Torre Arias sin más objeto que comprobar cuidadosamente desde aquella finca suya hasta Burgos el perfecto estado de todo el camino, pues era el que después del eclipse tomaría Su Majestad con Santo Mauro para una cacería en los Picos de Europa, deteniéndose en «Las Fraguas».

Estarían en Burgos el día 25 los Aposentadores del Palacio Real y el 26 los cocineros y dependientes al servicio de Sus Majestades y Altezas, trayendo los equipajes. El Ministro de Jornada se alojaría en las habitaciones particulares del Gobierno Civil situado entonces en un piso del mismo Palacio Provincial. Todo quedaba perfectamente prevenido.

\* \* \*

La ausencia de la Familia Real en los festejos no motivó, naturalmente, que la respectiva Comisión dejara de organizarlos.

De teatro se contrató a la mejor Compañía española, la de «Doña María», como era llamada ya, con respetuosa admiración, nuestra primera actriz Maria Guerrero, y de su marido Fernando Díaz de Mendoza, Conde de Balazote, y de Laing, Marqués de Fontanar, quien siendo dos veces Grande de España, supo hacer del arte escénico profesión definitiva. Se les pidió que una de las obras representadas fuese la magnífica de Tamayo y Baus, «Locura de amor», de especial interés para Burgos pues, de sus cinco actos, los tres últimos transcurren

en el Palacio burgalés que fue del Condestable de Castilla, nuestra histórica «Casa del Cordón». Los días 29 y 30 de agosto darían tres funciones, dos de noche y una por la tarde. Además de «Locura de amor», una obra del teatro clásico español, «El Vergonzoso en Palacio» del gran Tirso de Molina y por primera vez en Burgos «Rosas de Otoño», de Benavente, poco antes estrenada en Madrid con éxito notable. A este autor le trajeron aquellos actores en su automóvil desde Bilbao, donde entonces trabajaban con su Compañía. Se hospedaron en el domicilio particular que, sólo por admiración a tan grandes artistas, les ofreció generosamente una señora burgalesa viuda de Horne, Ingeniero inglés.

Decidióse que el colocar la primera piedra del monumento al Cid tuviera la máxima solemnidad posible, festejando el suceso la ciudad entera. Por iniciativa de Berberana y ser de gran lucimiento e interés artístico, hubo una exposición de numerosos tapices antiguos. Resultó espléndida, exhibiéndose gratuitamente durante los días de festejos, en los claustros de la Catedral y de la Universidad Pontificia de San Jerónimo, series de magníficos tapices propiedad de la Parroquia de San Esteban, Cabildo Metropolitano y Monasterio de Huelgas.

Otra buena idea —también del Conde—, fue convocar, con estímulo de premios, un concurso de fotografías del eclipse. Dejaría así el certamen un perenne recuerdo gráfico y documentado del fenómeno solar. Para antes de éste se organizaría, a propuesta de Díaz Oyuelos, una extraordinaria recepción de todas las Comisiones oficiales científicas en la Casa Consistorial obsequiándoles allí con esplendidez. Había de procurar también la Junta que se celebrara un baile de etiqueta. Y se proyectó un asalto o Concurso de esgrima, deporte entonces de moda en el que se ejercitaban numerosos socios de una Sala de Armas que funcionaba en la Ciudad, sostenida en gran parte por militares. Se prescindió de la «tirada de pichón», ya que no tomaría parte en ella Alfonso XIII.

Los festejos se celebrarían entreverados con otros en verdad populares, como conciertos públicos y bailes nocturnos en la Plaza Mayor, excelentes sesiones de fuegos artificiales, encargadas a famosos pirotécnicos de San Sebastián y otras de cinematógrafo público al aire libre, espectáculo gratuito muy atractivo entonces para la gente por no haberse generalizado todavía el cine en salas permanentes de proyecciones. Hubo

numerosas iluminaciones, destacando en El Espolón la que decoró la fachada del «Salón de Recreo», que se enfrentaba con el Palacio Provincial, la de éste y la que, formada con letrero de bombillas, dedicó a «SS. MM. y AA. RR. EL CIRCULO DE LA UNION». Bajo un tupido túnel de lámparas eléctricas quedó todo el paseo. Se elogiaron de la Plaza Mayor la de la fachada neoclásica del Consistorio, y de la Calle de Vitoria, la del cuartel edificado en tiempo de Carlos III, para Caballería, hoy ya derruido.

El Secretario Municipal pintor y dibujante D. Isidro Gil, Vocal en la Comisión de Festejos, hizo el cartel anunciador de ellos, que gustó mucho. Con tema de circunstancias, realizó una composición hartó compleja, muy del estilo de entonces, combinando con factura minuciosa y dibujo preciso elementos tan heterogéneos como el sol eclipsado, algunos aparatos científicos para su observación. la imagen de nuestra Catedral —esto era inevitable— varios globos aerostáticos y un diestro lidiando un toro... Nada más. La relación de las fiestas se leía en una cartela central. A los afamados talleres de Portabella en Zaragoza, se encargó una gran tirada a todo color de este cartel que fue muy divulgado y otra primorosa de programas de mano en los que el mismo cartel se reproducía. La Comisión de Propaganda los repartió profusamente en España y fuera de ella.

Durarían los festejos cinco días comenzando al mediodía del 27 de agosto con desfile general de bandas de música, gigantones, gigantillos y danzantes por las principales calles de la ciudad atronada con bombas, cohetes y petardos. Según el programa oficial una hora antes del eclipse las bandas de música recorrerían la población «y serán disparados profusamente cohetes y bombas». Mas esto último hubo de suprimirse a petición del servicio de aeronáutica pues podría sobrevenir algún percance con globos que estuvieran en aquella hora inflándose ya para la ascensión. «Le Dépêche», «Le Telegramme», periódicos de Toulouse y otros. también extranjeros, elogiaron este programa de fiestas.

El Vocal de la Comisión de Festejos D. Guillermo Roca, Profesor de Dibujo en el Instituto Provincial, presentó en primorosas acuarelas, proyectos de doce robustos mástiles completados con escudos y banderas para engalanar el Paseo de El Espolón en sustitución de los exiguos gallardetes de anta-

ño y con un detalle de gentil delicadeza. Los nuevos sosten-  
drían banderas de países que enviaban a Burgos comisiones  
científicas. Sentirían los extranjeros, con gratitud, avivado el  
recuerdo de la patria lejana al ver tremolar su respectiva ban-  
dera bajo el diáfano cielo de Castilla.

En julio había dimitido el Alcalde D. Lucas Sáiz Sevilla,  
mas ello no tuvo relación alguna con los preparativos para ce-  
lebrar el eclipse, ni afectó nada a éstos el nombramiento de  
D. José Plaza Iglesias como Alcalde, pues desempeñaba la Pri-  
mera Tenencia de Alcaldía desde antes que ellos empezasen.

La restante Comisión, de Recepción y Alojamientos, que  
presidía el Abogado y Catedrático de Psicología y Lógica en el  
Instituto Provincial D. Tomás Alonso de Armiño tuvo un tra-  
bajo más ingrato que el de las otras dos Comisiones.

Todos los hoteles, pensiones y hospedajes establecidos en  
Burgos apenas servirían para aposentar muy pequeña parte  
de la enorme afluencia de forasteros esperada. Hubo de anun-  
ciarse con reiteración que cualquier particular dispuesto a alo-  
jar en su domicilio a alguna persona lo manifestase en la  
Oficina de la Guardia Municipal, indicando el correspondiente  
precio, según estuviera o no comprendido en él la alimenta-  
ción, en qué consistiera ésta y el número de camas utiliza-  
bles con las circunstancias detalladas de toda habitación ofre-  
cida. No pocas familias particulares, de muy diversa categoría  
social, hicieron propuestas formándose con todas una relación  
donde constaban aquellos datos. En un kiosco especial llevóse  
la estadística de alojamientos. En otro registro se anotaron  
cuantos pisos desalquilados y sin muebles existían en Burgos,  
indicando su situación, propietario, precios, cabida y condi-  
ciones de las viviendas vacías. Sumaron éstas cincuenta y cua-  
tro. Y después de inspeccionadas por la Comisión clasificólas  
en «Buenas», «Regulares» y «Malas», rechazándose estas úl-  
timas. De amueblar las aceptables se encargaría la misma Co-  
misión. Encontré un presupuesto de alquiler de muebles pre-  
sentado por el dueño de un conocido taller de ebanistería,  
D. Francisco García Lara, y además leí un «Expediente promo-  
vido por la Comisión de Recepción y Alojamientos sobre peti-  
ción a la Intendencia Militar de camas para habilitación de  
varias casas». En él consta cómo el Alcalde interesó del Ca-  
pitán General que la Administración militar facilitase trescien-  
tas o cuatrocientas camas. Veraneaba dicha Autoridad —el



Teniente General Zappino—, en San Sebastián y de allí telegrafió al Alcalde: «Concedida autorización entrega cuatrocientas camas». El Intendente las daría según se necesitasen. Eran nuevas y de excelentes condiciones.

También la Autoridad eclesiástica cooperó a la difícil solución de alojar forasteros. Vacío de alumnos el Seminario de San Jerónimo en vacaciones veraniegas, la Comisión logró que el Arzobispo accediese a que pudiera aquélla disponer de tan gran edificio para hospedajes. Suponia unas doscientas habitaciones.

Se atendía con igual interés a personas acaudaladas que a las de módicos recursos. A una de éstas que desde Inglaterra pidió reserva de habitación para un solo día y por un precio moderado, tardó en contestarla Alonso de Armiño hasta encontrar lo que deseaba aquel modesto inglés. Y pudo al fin ofrecerle un simple cuarto en un piso de calle tan secundaria como la de Diego Porcelos.

Defendía siempre la Comisión los intereses del forastero, tratando a toda costa de evitar abusos. El multimillonario americano Mr. Heart, dueño de uno de los periódicos de mayor circulación de los Estados Unidos, pidió por telégrafo le reservaran en el mejor Hotel de Burgos, desde el veintinueve al treinta y uno de agosto, tres amplias habitaciones. A la consiguiente gestión de Alonso de Armiño por complacerle pidió el Hotel París —de primera categoría—, mil ochocientas pesetas, cantidad que el propio Armiño calificó de exorbitante en su respuesta al millonario, si bien por no desacreditar al Hotel, explicó las razones aducidas para aquella exigencia. Eran las mejores habitaciones, con probabilidad de ocuparse durante diez o doce días por más personas al haber en ellas mayor número de camas que las pedidas por el americano. Este telegrafió enseguida que le fueran reservadas, aceptando pagar las mil ochocientas pesetas.

No solía contestar el Presidente de la Comisión las peticiones de habitación tan sólo por referencias que le dieran, sino con su impresión personal obtenida después de visitar el posible hospedaje. Leí bastantes cartas suyas en las que contestaba: «He visto...» y, seguidamente, expresa en ellas su parecer.

El Ayuntamiento destinó para alojar personas algunos locales suyos no ocupados entonces en el servicio público, como

escuelas municipales. Y aún recibió la Comisión ofrecimientos de otros edificios oficiales análogos. Los Hoteles de Burgos no tenían aún establecidos garages y era natural que llegasen numerosos automóviles para el día del eclipse. Se resolvió la dificultad utilizando como garage general un gran picadero del magnífico cuartel nuevo «Fernán González».

Para facilitar su estancia a los forasteros que alquilaran sólo habitación fue complemento acertadísimo, recomendado por la Comisión, hacer las comidas en la Sociedad «Salón de Recreo» que, generosa, permitió entrasen en sus confortables salones personas ajenas a Burgos y amplió cuanto pudo el servicio ininterrumpido de Retsaurante, instalándole en el gran Salón semirrotonda conocido por «El Polisón» repleto de cuantas mesas cupieran en él y donde, desde 27 de agosto a 1.º de septiembre inclusive, sirviéronse almuerzos excelentes a cuatro pesetas y comidas a cinco.

Era toda una ciudad generosa y hospitalaria, puesta en pie, con la decisión de quedar lucida en el cumplimiento de su compromiso. No extraña pues que algunos corresponsales de periódicos extranjeros en nuestra ciudad expresaran su admiración publicando elogios calurosos, como el traducido por «Diario de Burgos» de «La Petite Gironde» de Burdeos que, en un suelto titulado «Un extranjero en Burgos» reconocía que «la Comisión se ocupaba con incansable complacencia en instalar y buscar alojamiento a cuantos lo han pedido». Y después de referir el rasgo del Sr. Arzobispo al ceder para hospedaje un Seminario completo, añadía: «Todo el mundo ha hecho lo que ha podido. Esto muestra hasta qué punto se interesan aquí por el acontecimiento científico que se ha de verificar el miércoles y qué cuidado se tiene de facilitar la tarea de los sabios y de dar satisfacción a la legítima curiosidad del público».

\* \* \*

Para la Comisión de Recepción y Alojamientos, más difícil que acomodar en la ciudad a innumerables forasteros particulares resultaba la instalación de no pocos grupos científicos que, con delicados aparatos, algunos voluminosos, pretendían lugares escogidos para el éxito feliz de sus observaciones. En el mes de agosto comenzaron a llegar las Comisiones que

desde dos meses antes trataban ya con Burgos, preocupadas por conseguir adecuada instalación.

Varias vinieron de Francia. Presidia una George Rayet, Astrónomo de sólido prestigio, Auxiliar que fue del Observatorio de Paris, Profesor después de Física Astronómica en la Facultad de Marsella, lo era en la Universidad de Burdeos cuando vino y dirigía además un Observatorio. Numerosas habían sido sus publicaciones sobre espectroscopia desde que estudió en Malaca otro eclipse total de sol. Trajo Rayet un antejo ecuatorial con objetivo de veintidós centímetros de diámetro y un espectroscopio de tres prismas. Su compañero, también Astrónomo, Mr. Courty manejó otra cámara ecuatorial fotográfica y auxiliado por un español universitario de Burdeos, analizarían las envolturas gaseosas del sol. Esta Comisión se instaló en el vivero de nuestro Distrito Forestal, sito en la zona de «Los Vadillos» —hoy por completo edificada— el cual se cedió por feliz idea del Ingeniero de Montes burgalés D. José Diaz Oyuelos, miembro de la Junta Ejecutiva.

En el jardín botánico del Instituto Provincial de Burgos montó sus aparatos Mr. George Merlin, Director del Instituto de Física y Profesor de esta asignatura en la Universidad de Montpellier. Con los Auxiliares que trajo estudiaría la corona solar.

Vacios estaban los hermosos edificios de una fábrica azucarera construida pocos años antes, no lejos de Burgos y que permanecía cerrada sin realizar labores desde que se constituyó el trust azucarero español. Certera la Comisión, estimó muy aprovechables tales edificios y el 9 de julio les ofreció al Director del «Observatoire d'Astronomie Phisique Sis Parc de Meudon», quien pocos días después telegrafaba: «Vous prie retenir pour moi fabrique sucre et auberge. Lettre suit. Remerciements. Compliments Deslandres». Era Mr Henri Deslandres un ex-Capitán de Ingenieros Militares y luego Astrónomo profesional, de verdadero renombre europeo. En el «Observatoire de Meudon» había inventado procedimientos para medir la velocidad de los astros, para fotografiar la cromosfera y para estudiar radiaciones ultravioletas.

Los edificios por él pedidos no pertenecían al Ayuntamiento burgalés, sino a la Sociedad General Azucarera de España, única que podía cederlos. Acertada gestión de Alonso de Armi-

ño logró que la Comisión de Meudon dispusiera de los magníficos locales al comenzar agosto.

Con Deslandres trabajaban hasta nueve colaboradores. Se agregó a ellos, viniendo desde París en automóvil, el célebre Mr. Jean Becquerel que acumulaba en este apellido, ya glorioso, la autoridad científica de tres generaciones sucesivas de sabios físicos ascendientes suyos.

A D. Francisco de la Azuela, de noble familia burgalesa, bastóle una indicación de Berberana para ceder desde luego la granja de Villargamar, propiedad suya que próxima a Burgos y aislada en pleno campo, resultaba muy aprovechable para tranquilos trabajos científicos. En ella los realizó un grupo perteneciente al Parque de Meudon que llegó a Burgos el 10 de agosto y al siguiente día varios espectroscopios, fotómetros y otros aparatos suyos. Fructíferos resultaron los trabajos que en Burgos dirigió Henri Deslandres a juzgar por sus posteriores publicaciones: «Histoire des idées et recherches sur le soleil» (1907). Y «Revelation de l'atmosphère entière du soleil» (1908).

De Alemania y presidida por el Director del Observatorio de Treptow, llegó el 23 de agosto una Comisión de nueve miembros, entre ellos dos señoras, el Director de un Instituto de Berlín, dos astrónomos de aquel Observatorio, un Ingeniero Naval y el Dr. Leyden condecorado de España por haber prestado sus servicios facultativos en la Embajada de Alemania en Madrid. Estarían en Burgos hasta el 2 de septiembre. Les recibieron en la Estación Alonso de Armijo y Obregón, alojándoles en el Hotel del Norte. Sus modernísimos aparatos de gran precisión se colocaron en el Campo de Lilaila.

Enviada por el Gobierno alemán vino para tres o cuatro semanas una representación de «Konigliches Meteorologisch Magnetisches Observatorium» formada por dos miembros científicos y un mecánico. Más que Astrónomos eran especializados en Meteorología y Magnetismo. Necesitaban un sitio de especiales condiciones, lejos de toda posible inducción eléctrica y les satisfizo la finca de Arnaiz, llamada «El Plantío». En ella colocaron muy completa instalación de aparatos delicadísimos y perfeccionados que registraban automáticamente hasta variaciones casi inapreciables del magnetismo terrestre y atmosférico.

Alemanes también, aunque residentes en Holanda, donde

uno de ellos dirigía el Observatorio de Valkenburg eran dos Astrónomos Jesuitas que se hospedaron, como era natural, en el antiguo Convento de la Merced, propiedad hacía años de la Compañía de Jesús. Trataban de obtener durante la totalidad del eclipse dos fotografías de 40 por 50 centímetros, una de la parte derecha y otra de la izquierda de los alrededores del sol. Situaron en la huerta de aquel Convento su gran cámara con pie ecuatorial.

Alemana asimismo era una cámara fotográfica colosal, instalada en el Campo de Lilaila, capaz de reproducir todas las fases del eclipse en placas de 50 por 60 centímetros. Sujeto sólidamente su gran objetivo sobre pie de mampostería y unido a larguísimo fuelle, terminaba en una tienda de tela inactiva que hacía oficio de cámara oscura, con el chasis para las placas en la pared del fondo. Máquina tal permitía a sus operadores permanecer dentro de ella mientras funcionaba.

Otro eminente sabio alemán que actuó en Burgos fue el Dr. Hergesell, creador y Presidente de la Comisión para la Aerostación Científica en su país, donde era Profesor de Meteorología y Geofísica en la Universidad de Estrasburgo. Ayudado por un Teniente de Ingenieros austríaco y otros Oficiales españoles de Aerostación, dirigió las observaciones en zonas bajas.

Bélgica envió al Presidente, al Secretario y a diez miembros de la «Sociedad Belga de Astronomía». Se agregó a ellos para observaciones una señorita astrónoma rusa. También vinieron dos Profesores de la Universidad de Bucarest.

De Holanda se anunciaron tres Profesores de la Universidad de Utrech. Uno era el de Física Dr. Julius, que les presidía, inventor del ingenioso actinómetro que lleva su nombre, otro el Profesor de Astronomía y el tercero un Astrónomo del Observatorio de Leyden. Deseaban especial instalación: «...une chambre au rez-de chaussée avec une porte ou une grande fenêtre donnant sur le Sud». Armiño contestó que tendrían su alojamiento deseado y que él les esperaría en la estación si anunciaban su llegada.

En la noche del 25 de agosto correspondieron los holandeses a las atenciones recibidas dando en el Hotel del Norte, donde se hospedaban, una cena con asistencia del Alcalde de Burgos, algunos miembros de varias Comisiones científicas y otros de la de «Recepción y Alojamientos» con su Presidente,



más el Director del Observatorio de Madrid Sr. Iñiguez, el Conde de Berberana, D. Rodrigo de Sebastián y los Capitanes Sanz Cruzado y Norzagaray. Entusiastas brindis al beber el champagne esteriorizaron la gran cordialidad entre aquellos diversos elementos y fueron augurio optimista sobre el resultado de las observaciones científicas que se preparaban.

Tres días después, uno de los miembros de la misma Comisión Holandesa, el Dr. Nyland por sí y en representación de sus compañeros, publicó en «Heraldo de Madrid» enérgico telegrama de protesta puesto en Burgos contra información calumniosa de aquel periódico que había imputado al Hotel del Norte tan malas condiciones de hospedaje que motivarían un reconocimiento sanitario municipal. Todo era absolutamente falso. El holandés afirmaba en su telegrama haber recibido sólo atenciones. Era muy bueno el alojamiento, la comida excelente y el precio de 20 ptas. por persona el convenido. G. Germán Manzanedo, como dueño del Hotel, publicó en «Diario de Burgos» una carta insertando en ella aquel telegrama de protesta.

Fue sin duda tal calumnia obra de un periodista despedido por no encontrar beneficios que esperaba. Recuérdese la decisión inicial de la Comisión de Festejos de no dar ni una sola entrada de favor para espectáculo alguno y quedan pruebas de las pretensiones malogradas de ciertos periodistas sobre hospedajes.

Recibió Berberana carta de «The British Astronomical Association» de Londres anunciando llegaba el 23 de agosto un grupo de 20 socios, algunos con sus señoras. Tenían ya vivienda en el Hotel Norte. Vino con ellos un Reverendo Pastor protestante. Trajeron un telescopio entre sus grandes nueve bultos pidiendo se colocara todo con el mayor cuidado en el Campo del Lilaila bajo cubierta, al abrigo de posibles lluvias.

El 15 de agosto un corresponsal de «Cosmopolitan», importante revista de Estados Unidos, telegrafió al Alcalde preguntando con urgencia desde Madrid nombres de los principales científicos llegados ya a nuestra ciudad y de los que aún se esperaban. Pedía también buenas fotografías de preparativos e instalaciones ya montadas y otras del eclipse en su día. A todo contestó Armiño por extensa carta.

Los varios grupos científicos instalados en el Campo de Lilaila sumarían el día del eclipse entre holandeses, alemanes,

ingleses, belgas y españoles más de 60 observadores en aquellos terrenos. La Autoridad militar les prestó importante ayuda. Numerosos soldados intervinieron en trabajos de desembalaje de aparatos, construcción de barracas y armazón de tiendas de campaña, prestadas por el Ejército. Se montó con parejas de Infantería y Caballería servicio permanente de vigilancia de tan costosas instalaciones, alejando de ellas a todo curioso. Cuantos Jefes y Oficiales de guarnición en Burgos sabían algún idioma extranjero quedaron desde luego a disposición de las respectivas Comisiones científicas como intérpretes.

Muy acertadas órdenes del Duque de Bivona, Director General de Correos y Telégrafos, facilitaron extraordinariamente las comunicaciones telegráficas. Para mayor rapidez en el servicio del público hizo traer a Burgos un aparato Hughes con personal especializado en su manejo. Además de las estaciones ordinarias, se montaron dos. Una en el Páramo de Cortes para uso de la Comisión del Observatorio de Madrid y otra para la del Observatorio de París en el edificio de la antigua fábrica azucarera. Gozaron de franquicia los telegramas que, tan sólo para transmitir observaciones astronómicas, se cursaron a cualquier destino hasta el 31 de agosto inclusive, fuesen españoles o extranjeros los remitentes. Bastábales para este beneficio acreditar documentalmente su representación oficial. Con tan positiva y eficaz protección, las comunicaciones telegráficas aumentaron de modo increíble, funcionando todas admirablemente.

De París tenían pedido que, en seguida de terminar el eclipse, se telegraficara con amplitud su resultado y también, en cuanto fuera conocido, el de las observaciones aerostáticas, novedad española que tanto interés despertó en el mundo científico. Se cursaron en aquellos días miles de telegramas, algunos muy extensos. Sólo el corresponsal de «Daily News», de Londres, envió a éste una crónica periodística de mil doscientas palabras que le costó quinientas pesetas (de las de hace 68 años). El trabajo de los empleados resultó abrumador. Al día siguiente del eclipse, el Director General se personó en la sala de aparatos sin más objeto que expresar efusivamente a todos los telegrafistas, en nombre del Gobierno y de las Personas Reales, muy calurosa felicitación por su comportamiento.

Tanto como los extranjeros destacaron en sus trabajos sobre el eclipse los españoles. El Ministerio de Instrucción Pública había provisto al Observatorio Astronómico de Madrid de magníficos aparatos. Se instalaron en el páramo de Cortes. Dirigió allí los trabajos don Francisco Iñiguez, Jefe del Observatorio, con la ayuda del Instituto Geográfico y Estadístico. Entre Astrónomos, Ingenieros Geógrafos y Auxiliares vinieron de ambos centros oficiales unos catorce funcionarios muy organizados en el reparto de sus respectivas tareas. Para permanecer algunos sobre el mismo campo se les construyó en él «una casita con dos dormitorios cada uno de dos camas, un comedorcito y una cocina». Así literalmente lo habían pedido al conde de Berberana, quien alquiló, además, los muebles que desearon y les proporcionó magnífica cocinera más dos criados.

Muy cercano el páramo de Cortes a la Cartuja, ésta cooperó a resolver el problema de instalar observatorios. Como en toda ocasión que pueda favorecer a Burgos, adoptó el Prior las medidas oportunas. Según tradicional costumbre de los Monasterios, en el de Miraflores se lleva un libro llamado **Becerro**, donde al acaecer sucesos memorables quedan referidos y se archiva. En él se consignó el 23 de agosto: «Viene una comisión de Astrónomos compuesta de don Luis Cabello, Ingeniero de Minas, un Oficial de Artillería y dos Auxiliares a estudiar la influencia magnética del sol col motivo del próximo eclipse. Instalan su gabinete en una celda del claustro de los Hermanos y hacen sus operaciones en el campo de fuera». Pertenecían al Instituto Geográfico de Madrid.

Extraordinaria labor realizó en Burgos con sus globos el Parque Aerostático militar, radicante en Guadalajara, al mando del fundador en España de este servicio, Teniente Coronel de Ingenieros, Vives y Vich (1). Había sometido a Corporaciones científicas españolas y extranjeras el programa de observaciones sobre el eclipse para formar con acierto un plan. Desde 1900, en que subió en globo libre en Alemania, había realizado Vives treinta ascensiones y lanzado diecinueve globos-sondas en Guadalajara. Allí fechó —5 de agosto de 1905— unas «Observaciones» para el eclipse, tan necesarias como prácticas, que publicó en periódicos.

---

(1) Biografía del Excmo. Sr. D. Pedro Vives Vich, General de Ingenieros, por Antonio Carner. 1935.

El frecuente recobro de globos-sonda demostraba honradez, pero el analfabetismo podía inutilizar las investigaciones. Refería Vives cómo, cierto pastor, halló un globo caído y creyendo era suciedad el humo de la placa, la limpió, borrándose todas las indicaciones del aparato registrador. Concretó aquel Jefe sus advertencias: «1.ª — Si quien encuentre o vea caer un globo-sonda sabe leer, no toque nada hasta enterarse minuciosamente de las instrucciones que encontrará en un sobre amarillo. 2.ª — Si no sabe leer, que se limite a recoger el globo y los aparatos, sin abrir la caja ni la cesta, empleando el mayor cuidado en el transporte hasta la Alcaldía, puesto de la Guardia Civil u otro sitio seguro. 3.ª — No conviene fumar junto al globo si se encuentra lleno».

El intento de observar por vez primera en gran escala un eclipse mediante globos correspondía a España, gracias a feliz iniciativa de Vives, propuesta al Congreso Internacional de Aerostación Científica de 1904, en San Petersburgo, donde se aceptó con entusiasmo.

En tren especial llegó de Guadalajara el 20 de agosto, con su material completo la Compañía de Aerostación, mandada por aquel Jefe. Sin estrecheces de criterio, se procuró Vives, para actuar en Burgos, colaboraciones eficaces ajenas a la Aerostación Militar. Ofreció a la Comisión Internacional de Aerostación Científica un puesto en globo libre para el observador que ella designara. Lo fue el Dr. Berson, eminente meteorólogo y aeronauta alemán que había logrado el récord de altura subiendo a 10.800 metros sobre el suelo de su patria. Además, mediante el Ministerio de Instrucción Pública invitó a astrónomos españoles que quisieran observar desde globo libre. Aceptaron D. Augusto Arcimis, Director del Instituto Central Meteorológico de Madrid y el Auditor de la Capitanía General de Burgos, don Octaviano Romero Rodrigo, con extrañeza de muchos e hilaridad de no pocos, creyéndole todos un simple curioso atrevido, porque ignoraban sus excepcionales condiciones, bien pronto divulgadas. Además de la carrera de Derecho, con la cual ingresó en el Cuerpo Jurídico Militar, donde era asimilado a Coronel, había cursado la de Ciencias, con predilecta afición por la Astronomía. Destinado antes de perderse Filipinas a la Auditoría de Manila, donde tenían magnífico Observatorio los Jesuitas, pidióles otro Jesuita, hermano de dicho Auditor, que permitieran a éste frecuentar el Observatorio y prac-

ticar en él trabajos astronómicos, lo cual llegó a hacer allí Romeo casi cotidianamente. No fue el eclipse de 1905 el primero en que actuara como Astrónomo oficial. En 1900 el Ministerio de Instrucción Pública le había incorporado a una Comisión del Observatorio de Madrid, que el 28 de mayo estudió en Plascencia otro eclipse de menor duración que el de 1905. Y en aquél, mediante análisis espectral, analizó Romero la constitución de la corona del sol, tema de una conferencia sobre «Química estelar», publicada por la Academia de Bellas Artes de La Coruña, donde, siendo Auditor, la pronunció. En fin, como preparación al eclipse de 1905 realizó Romero, durante la primera quincena de agosto, en el Parque de Guadalajara, varias ascensiones.

\* \* \*

Denotaban elegancia y buen gusto aquellas sencillas tarjetas de invitación con el solo adorno de un pequeño escudo del Municipio burgalés —el «Caput Castellae»— y sin ninguna alusión al lunch con que se trataba de obsequiar espléndidamente a los convidados. Se les invitaba nada más a su recepción por Ayuntamiento el 28 de agosto, a las 11 de la mañana. Antes, los Concejales y la Comisión Ejecutiva se reunieron con el Alcalde en el salón de sesiones, decorado entonces con pinturas de artistas burgaleses. Ningún ambiente tan adecuado como aquél para producir en los extranjeros cultos la singular emoción de que les recibía solemnemente la ciudad milenaria que fue Cabeza de Castilla. De las paredes enfrentadas pendían dos grandes cuadros de historia, los más importantes sin duda que don Isidro Gil y don Evaristo Barrio pintaron bastantes años antes por encargo del Municipio, con destino a aquel salón. Gil tituló su obra «Origen de la Independencia de Castilla», representa la figura ecuestre de Fernán González que, aclamado por su hueste y el pueblo desfila ante una iglesia, a cuya puerta un Prelado con monjes se dispone a bendecirle. Y el tema elegido por Barrio era «El Cid presenta a su padre la cabeza del Conde Lozano». Plasmó en esta pintura su autor fragmentos del anónimo y poético romancero cidiano: «Diole la muerte y vengose — la cabeza le cortó — y con ella ante su padre — contento se afinojó»... Contemplar el cuadro pintado por Barrio tendrá siempre el encanto de las épicas leyendas medievales. Pinturas de juventud de Marceliano Santa María decoraban la bóveda. Y



presidía simbólicamente la sala, tras del sillón para el Alcalde, un retrato de Alfonso XIII, de tamaño natural y cuerpo entero que, por acuerdo municipal, previo concurso, pintó don Juan Antonio Cortés al coronarse aquél como Rey, cuadro ante el cual el Monarca —según publicó «Diario de Burgos», el 21 de agosto de 1902— se detuvo a contemplar con elogio cuando pocos meses después de su coronación, visitó por vez primera el Ayuntamiento burgalés.

Los cuadros de Gil y Barrio, penden ahora en otros lugares del edificio. Al rebajarse el techo del salón las pinturas de Santa María se perdía. Y proclamada la República, desapareció el retrato de Alfonso XIII.

Para adornar la escalera, el salón de sesiones y obsequiar a las señoras, se recibieron, de floristas de Madrid, sesenta ramilletes de tamaños diversos, cincuenta cestas de otros pequeños y cuatro mil flores sueltas variadas.

Iban llegando a la recepción representantes de las varias Comisiones de Astrónomos. Al anunciar a cada una el Criado de la Ciudad, en alta voz, se adelantaba el Alcalde para recibirla. Pronto adquirió el salón aspecto cosmopolita. Reuniéronse franceses, ingleses, belgas, alemanes, austriacos, portugueses, rumanos, norteamericanos, usos, españoles... Todos los idiomas europeos se oían allí. Estrechos resultaron los escaños municipales para tan gran concurrencia que los llenó, además del centro del salón y una galería y estancia inmediatas. La variedad de uniformes militares, trajes de etiqueta, togas universitarias, y mucetas doctorales, con ostentación de las más diversas condecoraciones y medallas, formaba un cuadro deslumbrante. Ante la oportunidad de llevar a cabo una gran labor científica, reinaba ríncero entusiasmo, expresado por todos, en amigable unión internacional, con la mayor armonía. Se prodigaron presentaciones mutuas, saludos afectuosos... Nadie, al verlo hubiera podido sospechar que, pocos años después las naciones allí representadas se destrozarian terriblemente en la primera guerra mundial.

Previsor el Alcalde, comprendió que recepción tan excepcional y memorable nunca se repetiría. Y tuvo la oportuna idea de ordenar al Secretario don Isidro Gil que redactase, pues había de presenciarse el acto, circunstanciada crónica del mismo, como lo hizo, autorizándola para su conservación en el Archivo, donde la he leído. A ella me atengo.

Llegada la hora, los maceros municipales, con sus dalmáticas bordadas atravesaron el salón seguidos de los clarineros, quienes desde el gran balcón de la fachada «llamaron a ciudad» con la breve y antigua melodía tradicional que anuncia al pueblo burgalés cuándo va su Concejo a celebrar sesión. Luego, con palabra emocionada, manifestó el Alcalde desde su presidencia la vivísima alegría de Burgos por recibir a tan ilustres personalidades de Europa y América, agradeció que los allí congregados hubieran acudido a la Casa Consistorial, muy honrada en acogerles. Y estimó como un timbre nuevo para la ciudad la celebración de aquella fiesta.

Al cesar los aplausos Mr. George Rayet, Director del Observatorio de Burdeos, dio, como Decano de los Astrónomos allí reunidos, muy sentidas gracias en francés por la cariñosa acogida e innumerables atenciones y facilidades que desde su llegada a la noble tierra burgalesa habían todos recibido del Municipio y de la Comisión de Recepción y Alojamientos. Don Rodrigo de Sebastián, Profesor de Lengua Francesa en el Instituto Provincial, contestó en este idioma a Mr. Rayet con gran acierto. Y luego se oyó la «reposada voz» —así dice la crónica— del Capitán de Artillería don Pedro de Obregón, en correctísimo alemán que dominaba. Saludó a todo el concurso, particularmente a los Astrónomos alemanas transmitiéndoles las frases que antes pronunciara el Alcalde. Dio éste por terminado el acto. Y entonces invitó a todos, sencillamente, a beber juntos una copa de champagne.

Pasaron a la llamada «Sala de Jueces» y a las contiguas. Según la crónica oficial, eran unos ciento treinta los concurrentes y de ellos como una mitad extranjeros. Sirviéronse en abundancia fiambres variados y entremeses. Vi las facturas pagadas por el exquisito y espléndido agasajo. Del mejor champagne francés («Moet Chandon», Vve. Clicquot», «Cordon Rouge») se consumieron sesenta botellas. Hizose, además, como era natural, alarde de los más escogidos vinos españoles. Y ochenta y cuatro botellas de Jerez, Manzanilla y Moscatel de nuestras mejores marcas tuvieron a su disposición los obsequiados. No extraña que éstos, terminado el lunch, exteriorizasen sobremanera, con la satisfacción del momento y sin perder su habitual cortesía, cierto marcado optimismo que no podía pasar desapercibido para el puntual cronista, quien textualmente hizo constar una «animación extraordinaria, cordialidad atenta, expan-

sión efusiva y cortés, cruzándose frases de gratitud y cariño con obsequios y galanterías mutuas, no olvidando en esta serie de finezas las que en primer lugar debía guardarse por su sexo a las nobles damas extranjeras que formaban parte de la concurrencia».

Asistió alguna personalidad extranjera ajena al estudio del eclipse, como Ernest Merimée, el gran hispanista Profesor de Toulouse, que tanto amó a Burgos.

En seguida del lunch, desde el mismo balcón de la fachada, disfrutaron los extranjeros de algo original para ellos al contemplar las evoluciones en juegos combinados de los «danzantes», cuadrilla tradicional de doce adolescentes agilísimos, ejecutores hábiles de la «danza de estoques» y otras antiguas, de sabor popular, al son de las típicas dulzainas de Castilla. Estrenaban aquel día los muchachos bailarines lujosos trajes de terciopelo y seda a tenor del indumento de pajecillos medievales, según acertado figurín que don Isidro Gil dibujó.

Se exhibieron, después, en su danza tranquila los «Gigantones» —quizás los más artísticos de España—, representando las varias razas humanas y los «Gigantillos», pareja de muy graciosas caricaturas de un Alcalde de pueblo de la Sierra de Burgos y su mujer, muy gorda, con típica indumentaria regional. Causaron la hilaridad de todos, que no se cansaban de aplaudir. Y así concluyó el acto con esta nota de humor muy oportuna. De fiesta celebrada en ambiente tan simpático y cordial llevaría cada extranjero a su respectivo país un recuerdo imborrable.

\* \* \*

En la tarde del mismo día 28 llegó de La Granja Alfonso XIII, conduciendo su automóvil descubierto. Numeroso público le esperaba en la carretera, mientras Autoridades y Comisiones llenaron el vestíbulo del Palacio Provincial.

A las cinco y cuarto telegrafiaron de Aranda el paso del Monarca. Se calculaba la posible velocidad máxima en cuarenta kilómetros por hora. Poco antes de las siete hubo aviso desde Lerma y el acercamiento del coche regio a Burgos lo anunció el disparo de bombas. Moderada la marcha, y precedido de una sección de la Guardia Civil a galope, entró el Rey por la calle de Madrid, plaza de Vega, puente de Santa María y paseo de

El Espolón, entre aclamaciones fervorosas de la apiñada multitud.

Vestía Alfonso XIII la obligada indumentaria de los automovilistas de entonces: amplio guardapolvo impermeable y escafandra con anteojeras que se quitó al llegar, momentos antes de las ocho, a la Diputación. Su Presidente, Gutiérrez Ballesteros, dióle la bienvenida en breves palabras.

Venía el Monarca muy fatigado. Tres veces se le paró el vehículo en el camino, contrariándole tal retraso. Había invertido casi siete horas desde la Granja. Dijo no poder recibir a las Autoridades como deseaba, y tras los saludos de rigor, subió a sus habitaciones pidiendo le sirvieran pronto la comida para retirarse a descansar. Era incesante la aclamación del gentío desde El Espolón, deseoso de ver al Rey, quien accedió a asomarse desde su balcón para saludar unos momentos.

Había viajado junto a Alfonso XIII su Ayudante, Coronel Ripollés, siguiéndole otros automóviles en que venían los Duques de Tarancón y Sotomayor, los Marqueses de Viana y de Nájera, los Condes de Orgaz y Aybar, el Ministro de Jornada D. Andrés Mellado, los Generales Bascarán y Boado y el Doctor Grinda.

Fue un viaje con velocidades que hoy nos hacen sonreír, pero que en aquel automovilismo incipiente resultaban extraordinarias.

Aquella noche, «Salón de Recreo» el más selecto y suntuoso casino de la Ciudad celebró un baile de rigurosa etiqueta, muy concurrido, que se prolongó hasta las cinco, con la entonces obligada alternativa de valsés y rigodones.

\* \* \*

El día 29, vispera del eclipse, quiso el Rey conocer varias instalaciones astronómicas. Hacia las diez salió con el Duque de Sotomayor, el General Bascarán y el Alcalde de Burgos en coche. Seguían en otros el Ministro de Jornada, Mellado, el Capitán General de Burgos, Zappino, y el Marqués de Viana, el Diputado Provincial Sr. Yagüez, el Teniente Alcalde D. Baldomero Amézaga y como intérpretes los Capitanes Norzagaray y Obregón.

Creo fue con ocasión del eclipse el conocer Alfonso XIII al Capitán de Artillería Obregón que hablaba perfectamente el

alemán por ser alemana o austríaca su ascendencia materna. Casado con burgalesa, de familia arraigada en Burgos, gozaba en éste de gran estimación. El Rey apreció la simpática personalidad de Obregón nombrándole, cuando era Teniente Coronel, Ayudante y distinguiéndole. Obregón formó parte en la expedición de cinco días a Las Hurdes organizada por el Monarca en julio de 1922.

Llegados al Campo de Lilaila, Alfonso XIII visitó detenidamente las instalaciones españolas, holandesa y alemana. En ésta conoció al famoso Hugo Hergesell. Se enteró de los aparatos preparados y de las proyectadas observaciones. Un chubasco pequeño llevó a todos la preocupación de que éstas pudieran malograrse al día siguiente. Luego la comitiva regia examinó en «El Plantío» de Arnaiz la instalación de la Comisión de Postdam y regresó al Palacio Provincial para almorzar pronto el Rey. Había de recibir en la estación a su Augusta Madre y a la Infanta D.<sup>a</sup> María Teresa que llegarían de San Sebastián en tren especial acompañadas del Presidente del Consejo de Ministros D. Eugenio Montero Ríos, la Duquesa de San Carlos, el General Pacheco, el Marqués de Tovar, el Conde del Grove, el Inspector de los Reales Palacios Sr. Zarco del Valle y el Doctor Alabert.

Hasta Miranda de Ebro, había salido una Comisión de tres Diputados con el Secretario de la Corporación para cumplimentar a la ex-Regente por su llegada a la Provincia. Tuvo ella la gentileza de hacerles sentar en su coche-salón y conversar afablemente hasta llegar a Burgos. En la estación acompañaban al Rey todas las Autoridades y compacta muchedumbre. Rindió honores a D.<sup>a</sup> María Cristina una Compañía del Regimiento «La Lealtad». Volteaban las campanas de los templos numerosos. El entusiasmo de toda la ciudad fue desbordante y verdadera carrera triunfal el traslado de la Familia Real hasta el Palacio de la Diputación donde seguidamente se celebró la recepción de Autoridades y Corporaciones.

\* \* \*

La futura estatua del Cid se levantaría en la Plaza de Castilla. En su centro se instaló una tribuna para las Autoridades, adornada con magníficos tapices antiguos, flores y follaje. Inició el acto el Alcalde encareciendo su importancia y la gra-



titud de la ciudad al Rey que allí la honraba. Montero Ríos, en nombre de Su Majestad y del Gobierno, elogió la idea de erigir el monumento. «Esta fecha —dijo—, será una de las más gratas para el Monarca». Y el Secretario Municipal leyó el acta, miniada en pergamino, que firmaron la Familia Real, el Presidente del Consejo de Ministros el de Instrucción Pública, el Jefe Superior de Palacio, el Comandante General de Alabarderos y las primeras Autoridades burgalesas. Según costumbre en tales ceremonias, se unieron al acta los periódicos locales del día, el último número de la «Gaceta de Madrid» y varias monedas españolas circulantes, encerrándose todo en caja de hierro que se enterró con la primera piedra.

Para colocar ésta había la Comisión encargado una valiosa paleta de plata con mango de boj tallado, obra primorosa de un artista excepcional a quien nadie ya recuerda en Burgos: Saturnino López. Le traté bastante. Era hombre bueno, harto locuaz y agudo, bajito y doblemente corcovado como un bufón antiguo. El actual retablo mayor de la Iglesia de La Merced en Burgos, el de la Casa de San Ignacio en Loyola y otras obras de Saturnino diéronle justa fama.

Alfonso XIII —que vestía de uniforme con la Gran Cruz de Carlos III— cedió la paleta a su Madre para empezar a poner la argamasa. Repitió la operación la Infanta D.<sup>a</sup> María Teresa. El último lo hizo el Rey. Y la piedra, desde una polea, empezó a descender hasta quedar en su sitio. Volvió la Familia Real a la tribuna para presidir el desfile de las tropas. La presencia de éstas era ineludible tratándose de honrar la memoria del Cid. Desfilaron la Infantería con música y bandera, dos Escuadrones de Lanceros y una batería de Artillería con bandadas y estandartes, mientras otra, desde el Cerro del Castillo, disparaba salvas a intervalos. Entre el público, vibrante de entusiasmo, se vio buen número de extranjeros. A la gran concurrencia del «todo Burgos» contribuyó la Cámara de Comercio por acordar, a petición del Ayuntamiento, que fuese fiesta cívica aquel día con cierre general de establecimientos mercantiles. Así lo anunció con oportunidad en la Prensa local el banquero D. Isidro Plaza, Presidente de dicha Cámara.

En el tren rápido de aquella tarde, con la Marquesa de Nájera, llegó de La Granja, S. A. la Infanta D.<sup>a</sup> Isabel, esperada en la estación por el Rey y Autoridades, y a la noche en el exprés, vino el Infante D. Carlos, a quien recibieron también

Autoridades acompañándole hasta el Palacio de la Diputación en coche, por el Espolón, concurridísimo como paseo veraniego en aquella hora.

Como no asistieron las Personas Reales a la corrida de toros, visitaron, después del homenaje al Cid, a las monjas cistercienses de Huelgas penetrando en la clausura con la muy solemne forma, acostumbrada de antiguo, para cuando lo hacía el Rey con el carácter de Patrono del Monasterio.

Necesariamente precedía entonces a la llegada de Su Majestad el derribo fácil de un débil tabique que en el atrio o compás del edificio oculta de ordinario una puerta cerrada. La abrían desde dentro al llamar en ella el Monarca, quien penetraba, esperándole con palio la Comunidad, presidida por la Madre Abadesa empuñando su báculo de plata. Así se verificó aquella tarde. No tenía el público entonces fácil acceso al interior del cenobio como en la actualidad sucede. Desde hace algunos años se visita cualquier día a ciertas horas, tan sólo con pagar al Patrimonio Nacional un billete de entrada. Anteriormente, para conocer la interesantísima riqueza artística que el Monasterio medieval encierra preciso era aprovechar las muy distanciadas visitas solemnes de los Reyes.

Cuando éstos iban a entrar oficialmente en Huelgas, aun no publicándose el día ni la hora señalados para hacerlo, llegaba a divulgarse la noticia por la Ciudad, e inevitablemente numeroso público, aglomerado junto a la verja del atrio, esperaba ansioso su posible ingreso inmediato al de los Reyes. Porque éstos, sin más transcendencia que facilitar la entrada del público, solían tener en tan excepcionales ocasiones la generosa costumbre de considerarle, tan sólo para aquel momento, como séquito suyo, según decía el Rey a la Abadesa. Mas se producían alboroto y confusión muy lamentables. De los ocurridos en aquel 29 de agosto dio cuenta así «Diario de Burgos»: «Al llegar el Monarca y abrirse la verja del compás, el tropel de gente, arrollando a los guardias, penetró tumultuosamente, siendo maravilloso no ocurrieran desgracias. Así se oía gritar, reclamando orden a Su Majestad, mientras Señoras de la Corte, materialmente estrujadas, pedían auxilio y los guardias procuraban hacerse calle a empujones. Pasada la confusión pudo entrarse con relativo orden».

La Comunidad obsequió con un refresco a las Personas Reales quienes al anochecer tomaron con su séquito los carruajes

para visitar, pues no estaba lejos, una de las instalaciones francesas procedente del Observatorio de Meudon. Con tales visitas no sólo satisfacía la Familia Real su natural deseo de conocer cuanto los científicos preparaban para estudiar el eclipse. Eran también expresivas muestras de atracción y simpatía dedicadas por la Corte Española a las Naciones extranjeras, honrando a sus eminentes Astrónomos que habían elegido España para realizar en ella una misión científica trascendental.

\* \* \*

Cuantos corresponsales había en Burgos hicieron en su respectivo periódico una crítica elogiosa de la corrida celebrada el 29.

Quienes no hayan presenciado picar toros en corridas anteriores a los modernos petos defensivos para caballos desconocen uno de los aspectos más impresionantes que ofrecía la fiesta y que a no pocos repugnaba, por lo cual con tales petos, ya se ha evitado. Era el de las frecuentes y enormes cornadas mortales recibidas en el vientre por los pencos que, desmontado el jinete, solían atravesar el ruedo a galope, como enloquecidos, arrastrando todas sus tripas hasta caer al fin por la puntilla. Las antiguas críticas taurinas consignaban siempre el número de caballos muertos en la plaza. Ello medía la bravura de los toros. Y transcribo la reseña que publicó «El Imparcial», uno de los diarios de más circulación de España.

«Con un lleno completo. Ganado bravo pero pequeño. Dejó siete caballos muertos, sobresaliendo los toros segundo y cuarto. Machaquito extrasuperior en el primero de los suyos, descompuesto en el segundo y bien en el tercero. En el primero la ovación fue de las que se ven pocas, llenándose el suelo de tabacos, sombreros, chaquetas, etc. Por supuesto, Machaquito cortó la oreja. Montes pareó muy bien a su segundo toro y Machaquito al sexto, poniendo tres pares admirables. Los picadores y banderilleros trabajadores. Los Reyes no han asistido por el luto».

El Ayuntamiento cuidó todo detalle como empresario de la corrida. La víspera de celebrarse recibió el Prelado un oficio en que el Alcalde «deseando proporcionar a los lidiadores todos los auxilios necesarios», le rogaba se preparase la Santa Unción en el punto que estimara procedente para caso preciso. A lo cual

en la mañana del 29 contestó el Arzobispo: «...He dado orden para que con motivo de la corrida de toros de hoy, a las 4 de la tarde se halle preparada la Santa Unción en la Sacristía de la Iglesia Parroquial de San Lesmes, y un Sacerdote que pueda administrarla y demás auxilios espirituales si por desgracia ocurriera necesidad de ello». Afortunadamente no sucedió per-cance alguno.

\* \* \*

Próxima la fecha del eclipse aumentaron la animación y el entusiasmo de la ciudad. Creció notoriamente en las calles el número de forasteros. Se querían terminar, mediante trabajos febriles, en la Diputación, el alojamiento de la Real Familia, en el Cerro del Castillo, un especial observatorio cómodo para ella, en la Plaza de Castilla, la gran tribuna artística con otros preparativos para iniciar el monumento al Cid y en el Páramo de Cortes, la Granja de Villargamar, la finca «El Plantío», como en los demás lugares elegidos por Comisiones Científicas, todo lo necesario a fin de completar cuanto antes su perfecta instalación.

Era tal la premura de aquellas tareas, que ya en 18 de agosto había el Alcalde pedido por oficio al Señor Arzobispo dispensa para que los obreros municipales no interrumpieran su trabajo en días festivos, tratándose de labores relacionadas con el eclipse, a lo que el Prelado, complaciente, accedió el mismo día. El suceso esperado constituía una obsesión en toda la ciudad, preparándose ésta, nerviosa a contemplar con temor e incertidumbre un espectáculo excepcional que accidentes atmosféricos inevitables podían impedir y que, malogrado, jamás ya le verían. En Burgos se hablaba tan sólo del tiempo problemático, de Astrónomos, de telescopios, de globos, de cristales ahumados, de aparatos para mirar el sol... Todos los periódicos españoles de alguna importancia enviaron representantes, como no pocos periódicos extranjeros.

Hecho reconocido fue la exorbitante cantidad de fotografías que pulularon aquellos días ante todos los acontecimientos de la ciudad, obteniendo vistas. Varios periódicos refirieron las incontenibles muestras de fastidio y nerviosidad advertidos en Alfonso XIII, al ser enfocado incesantemente por numerosos

objetivos mientras contemplaba Su Majestad la ascensión de globos el día del eclipse.

Los trenes ordinarios llegaban abarrotados. Publicó la Prensa que en San Sebastián, el día 28, la aglomeración para tomar el exprés fue tan grande que hubo de formarse otro, llegando a Burgos a las doce de la noche, habiendo recogido además numerosos viajeros en Alsasua y Miranda. El día 30 en cuatro larguísimos trenes especiales de ida y vuelta, muy bien organizados, vino inmensa concurrencia a ver tranquilamente el eclipse sin crear problema alguno de alojamiento, ni aún casi de alimentación, pues abundaban los paquetes y cajas con comida fiambre. Llegaron un tren de Madrid y otro de Irún entre las siete y las ocho de la mañana y volviéronse a la noche. Los otros dos, procedentes de Vitoria y Valladolid, entraron en la estación de Burgos de diez a once de la mañana para regresar hacia las ocho de la tarde. Los hermosos paseos que circundan Burgos ofrecían lugares apacibles donde comer y descansar tanto excursionista. Hubo expedición que desde el ferrocarril, huyendo de entrar en el gran barullo de la ciudad, fue a «El Parral» para mirar al cielo y comer a gusto.

La víspera del eclipse ya estaba la ciudad repleta, asignados todos los alojamientos. En aquel día y en el siguiente llegaron muy numerosos automóviles por todas las carreteras a velocidad que, cándidamente, calificaba de «vertiginosa» «Diario de Burgos» al describir asombrado cómo aquellos vehículos levantaban nubes de polvo, atronando el espacio con sus bocinas mientras sorteaban obstáculos entre el bullicio de gente asustada, sin que por fortuna ocurriera accidente alguno en medio de tan gran tropel. Claro es, que cuantos disponían de automóvil no pernoctaron en Burgos una vez visto el eclipse.

Se preparó con tal acierto la gran abundancia de vendedores que, a pesar de tanta aglomeración de gentes, los precios del mercado pudieron contenerse. No sólo es de notar la cantidad de gente que se acumuló, sino la calidad de personas que en aquella ocasión eligieron nuestra ciudad. Aparte de los numerosos aristócratas que por su cargo hubieron de acompañar a la Real Familia, vinieron los Duques de Aliaga, Marqueses de Berriz, Tovar, Sierra Bullones, La Rodriga, Conde de Torre Buzquiz y otros. Encontré copia de telegramas del Conde de Berberana a la Marquesa de Esquilache y a la Duquesa de Noblejas informándoles de cómo les había resuelto satisfacto-



riamente el alojamiento que cada una le pidiera, pero no pudieron venir. De Bilbao llegó el potente financiero Don Víctor Chávarri, los navieros Aznar y Abásolo, Don José M.<sup>a</sup> Ampuero y Señora, etc. El día 30, desde Portugal, donde «O Seculo», «As Noticias» y otros periódicos de gran circulación habían hecho certera propaganda de los preparativos de Burgos, vinieron en tren veintiséis Ingenieros civiles reunidos.

\* \* \*

El día del eclipse, a las 7, ya el Rey en un balcón miraba qué tiempo hacía. Pasadas las 9 salió la Familia Real hacia la Cartuja en coches. Seguíanla otros donde iban el Arzobispo de Burgos, el Sr. Montes de Oca, Obispo de San Luis de Potosí, el General Polavieja, los Duques de Alba, de Bivona, de Tamames, los Condes de Berberana y de Liniers, y demás comitiva numerosa de la cual formaban parte señoras. En la explanada inmediata al Monasterio, la Guardia Civil, conteniendo al público, sólo consentía la entrada a aquel séquito.

Gracias a los Padres Prior y Archivero de la Cartuja extracto aquí lo consignado el miércoles 30 de agosto en el libro «Becerro» de Miraflores; hacia las nueve y media llegó a oír Misa la Familia Real. Esperábanla los Padres Prior y Procurador a la puerta del Monasterio y hasta la de la Iglesia se adelantaron los dos Prelados de Burgos y Potosí para ofrecer, cuando llegasen a ella, el agua bendita a los Regios visitantes. Situada la Comunidad entera —Padres y Hermanos—, hasta la verja de hierro dentro de la Iglesia en dos filas, pasaron los Reyes entre ellas con su séquito. Tocaban mientras tanto las campanas del cenobio. Preparados reclinatorios para las Augustas Personas en el lado de la Epístola, junto a la pared, el Rey se colocó, en el primero, delante del asiento del Preste, pieza aislada de la magnífica sillería coral del siglo XV y le sirvió de trono. En la parte del Evangelio asignaron un sillón al Presidente del Consejo de Ministros, quien, según «Diario de Burgos», no asistió, ni tampoco el Ministro de Jornada. En medio de la Iglesia, alfombras y sillas para cuantos seguían a la Familia Real. Ocupó la Comunidad el coro de los Padres. El Arzobispo de Burgos se situó en la silla del Prior, quien pasó a la inmediata, y el Obispo de Potosí en la primera del otro coro, adornados sus asientos con almohadones y damascos.

Terminada la Misa, las Reales Personas y sus acompañantes contemplaron el estupendo retablo de la Iglesia, los sepulcros de D. Juan II, su esposa D.<sup>na</sup> Isabel de Portugal y su hijo el Infante D. Alfonso. Después, en la Capilla de San Bruno, admiraron la estatua de éste, obra del portugués Pereira, asombrosa de realismo. No fue problema entrar en la clausura cuantos varones quisieron. Bastaba permiso del Prior. El paso a ella de hembras de la Familia Real con sus acompañantes estaba previsto por Privilegio Papal y «tras un breve incidente» —dice aquel libro manuscrito del archivo— «las Infantas designaron, de acuerdo con la Reina, a sus tres Damas de Honor que las acompañaban». El «breve incidente» debió de consistir, sin duda, en que todas las Señoras de la numerosa comitiva pretendieron satisfacer su explicable curiosidad por ver el interior del Monasterio. Era ocasión única para ellas. Más no lo consiguieron. Se interpretó con acierto que el Privilegio Pontificio aludía al acompañamiento en el sentido más limitado y estricto. Con la Reina Madre y dos Infantas tan sólo entraron sus tres respectivas Damas de Honor. Los visitantes recorrieron el claustro, la celda de un Padre y la hospedería donde, tomado algún dulce, probaron el famoso licor «Chartreuse» que la Orden fabrica, aunque no en Burgos.

La Infanta M.<sup>ta</sup> Teresa dijo que tenía gran devoción a San Bruno y lo consignó ella misma en el álbum de la hospedería. Se enteró la Real Familia con verdadero interés y detalle del rigor de la vida cartujana y quedó muy complacida de la visita. Así lo manifestaron después, emocionados, al Arzobispo.

Celebró aquella Misa el Padre Maestro de Novicios D. Santiago Casamayor, quien al hacerse monje en Miraflores era Cánónigo Lectoral de la Colegiata de Santo Domingo de la Calzada. Ayudóle en la celebración aquel día un novicio, D. Gabriel Samaniego, Oficial de Caballería cuando entró en Burgos cartujo.

Desde la Cartuja marchó la Familia Real con su comitiva a ver la ascensión de los globos que el servicio militar de Aerostación tenía situados en espacioso terreno muy bien elegido, entre la carretera a Francia y la Calle de Las Calzadas.

Vives había preparado allí diversas observaciones. Unas en tierra, al pie de la ascensión, para Oficiales de Ingenieros que anotarían lo relativo a las zonas bajas. Otras desde las barquillas de tres globos libres con fuerza ascensional y lastre sufi-

cientes para subir a cuatro o cinco mil metros durante la totalidad del eclipse. En fin, las obtenidas mediante lanzamiento de globos-sondas, provistos, sin tripulantes, de aparatos automáticos registradores, susceptibles de acusar elevaciones de hasta catorce kilómetros y temperaturas bajísimas. La operación de llenar los globos había comenzado a las nueve de la mañana. Desde una hora antes se prohibió tirar cohetes. Recorrieron el Parque Aerostático las Personas Reales, enterándose de todo, y no era la primera vez que la madre de Alfonso XIII miraba con interés maniobras aerostáticas y aún intervenía en ellas. En 1889, al llegar a España los primeros globos militares, cuando empezaron los ejercicios de aerostación en la Casa de Campo, cedida para tal fin por la entonces Reina Regente, ésta ascendió hasta trescientos metros en globo cautivo, sujeto en el aire por cable a un punto de tierra. La primera Persona Real del mundo que realizó tal experiencia (1).

Al Teniente Coronel Vives, que pilotaba el globo «Júpiter», se unieron el famoso meteorólogo alemán Profesor Berson y para observaciones espectroscópicas el Auditor Romero. Encargado Kindelán del globo «Urano», tuvo por compañero de ascensión al Director del Observatorio Central Meteorológico de Madrid, Sr. Arcimis, que obtuvo fotografías. Y en el «Marte», tercer globo libre, subieron el Teniente de Ingenieros Herrera, que dibujaría la corona solar, y el «sportman» — como se decía entonces — don Jesús Fernández Duro, miembros del Real Aero-Club de España e iniciador de nuestra Aerostación civil. Antes de entrar en sus respectivas barquillas saludaron los aeronautas militarmente al Rey, quien les contestaba con visible afecto.

A las doce y quince minutos puntualmente, el «Júpiter», con su brillo metálico de aluminio, fue el primero en subir. Pasados cinco minutos ascendió el «Urano» y otros cinco después el «Marte». Perezoso éste al iniciar su salida, tuvo que soltar bastante lastre y subió más que los anteriores. Espaciados, los tres globos continuaron en la misma dirección hasta perderse de vista entre las nubes.

Antes de comenzar la totalidad del eclipse subieron a la explanada del cerro del Castillo las personas reales con su séquito, en coches, inaugurando una carretera construida para aquella ocasión y que ya quedó permanente. Todo allí estaba

---

(1) ANTONIO CARNER. *Ob. cit.*

dispuesto por el Observatorio de Madrid para ver el fenómeno con la máxima comodidad, incluso mediante telescopios. En el cerro de San Miguel y terrenos contiguos se aglomeraron verdaderas multitudes.

Fue descrito el eclipse en una u otra forma por todos los periódicos de España. Uno de ellos, con acierto, reprodujo lo que don José de Echegaray, entonces Ministro de Hacienda, publicara cuarenta y cinco años antes con el título de «Espectáculo maravilloso», al contemplar en 1860 otro eclipse de sol, también total: «...He visto —había escrito Echegaray— muchos parciales. Entre cualquiera de ellos, por cualquiera que sea y un eclipse total, media un abismo. Se pasa de un espectáculo interesante, curiosísimo, algo conmovedor, grandioso si se quiere, pero nada más, a un espectáculo verdaderamente sublime que sobrecoge el ánimo, lo asombra y lo maravilla y que si se ha visto una vez no se olvida jamás..., me parece que lo llevo grabado constantemente en los ojos».

Por iniciarse el eclipse de 1905 entre nubes, se veían sólo a intervalos el sol y la luna, muy despacio, iba oscureciéndose. Cubierto estaba ya aquél en sus tres cuartos al descender los globos libres. La luz iba faltando y el paisaje sombrío tomó tintas cárdenas. Una mezcla de asombro y de tristeza invadía a todos los espectadores. Ligera brisa refrescó el ambiente. Por fortuna, se rasgaron con rapidez las nubes y quedó libre gran espacio de cielo. En su centro se destacaba el sol, viéndose de él tan sólo el borde delgadísimo, como un alambre candente. Aumentaba por momentos la oscuridad. De repente, aquel hilo de luz rompióse en fragmentos como lucientes chispas que desaparecieron. Todo quedó sumido en oscuridad completa, apreciándose algunas estrellas. El sol llegó a convertirse en un disco negro como azabache. Apareció luego la corona solar blanquisima, de un tono incomparable. Brillante cabellera luminosa rodeó al sol negro. Con impresionante silencio, la multitud contemplaba el extraordinario fenómeno en emoción inefable que no puede explicarse con palabras. Y al aparecer de nuevo, súbitos, los primeros rayos del sol, surgió en toda la gente un movimiento seguido de gritos espontáneos de alegría e incontenibles, frenéticos aplausos.

Presenciado el eclipse, sus Majestades y Altezas bajaron al Palacio Provincial para almorzar y seguidamente se marchó Alfonso XIII con el Duque de Santo Mauro, en el automóvil de

éste: un modelo para carreras. A despedir a su hijo bajó hasta el vestíbulo doña María Cristina y demás personas de la familia real. Todos, sin duda, con la preocupación —naturalmente ocultada—, de que el Monarca, en un impulso juvenil de sus diecinueve años, llegara a empuñar el volante. Seguían al automóvil de Santo Mauro otros dos en que iban el Ministro de Jornada, el doctor Alabert y algunos palatinos. Pernoctaría el Rey en la finca de aquel Duque, en Las Fraguas (Santander), para continuar al siguiente día hacia los Picos de Europa a cazar rebecos.

La ex-Reina Regente, las Infantas y el Infante don Carlos, fueron con la Marquesa de Nájera a la Catedral, acompañados del Gobernador Civil, el Alcalde y comisiones de Diputados provinciales y Concejales. Les recibieron los Prelados de Burgos y Potosí, más una representación del Cabildo Catedralicio. Rieron todos al dar las 4 el «Papamoscas», visitaron rápidamente algunas de las capillas principales y marcharon a la estación, donde esperaba el tren especial para regresar a San Sebastián la real familia y con ella el Presidente del Consejo de Ministros. Muy numeroso público les tributó cordial despedida. La infanta doña Isabel, que había de volver a Segovia, se quedó hasta el día siguiente «por visitar Burgos», según ella dijo. Aquella misma tarde, acompañada del Gobernador Civil y del Alcalde, recorrió las viejas Parroquias de San Esteban, San Nicolás y Santa Agueda (la Santa Gadea del Romancero. Se detuvo en las obras de la nueva Capitanía General, entonces en construcción, y fue a la Plaza Mayor «de tiendas».

Compró algunas fruslerías con el consabido letrerito «recuerdo de Burgos», unas medallas religiosas y postales ilustradas de la ciudad. Fue uno de aquellos paseos, sin protocolo y entre la gente, que agradaban mucho a la Infanta Isabel, dándole ocasión para hacerse tan popular como fue.

Al siguiente día, acompañada del Secretario suyo, Sr. Coello, la Marquesa de Nájera pasó largo rato en el Convento de las Salesas. Después vio la Catedral muy detenidamente, guiada por quien era su Arquitecto Conservador D. Vicente Lampérez, autor de la gran obra «Historia de la Arquitectura cristiana», y por el Deán y, tras de almorzar en la Diputación, regresó en el tren «rápido» a La Granja para continuar su veraneo. En la estación Autoridades y mucho público la despidieron con una ovación fervorosa.



Incontenible era la expectación de todo Burgos por el paradero de los globos libres. Primero en bajar fue «Marte», desde cuatro mil seiscientos metros. Había atravesado dos capas de nubes, la segunda con nieve. Diáfano despues el cielo, obtuvo el Teniente Herrera un dibujo de la corona solar y Fernández Duro diversas observaciones. Empujado el globo por el viento hacia la sierra de La Demanda, con riesgo de caer en punto de comunicaciones difíciles, decidieron sus tripulantes el descenso, realizado con felicidad el mismo día 30, a las dos y media, cerca de Villasur de Herreros, a unos veinticinco kilómetros de Burgos. Tuvieron ayuda de unos campesinos para recoger el aerostato, regresando aquéllos a Burgos en automóvil.

El descenso del «Júpiter» fue suave y pausado, desde cuatro mil trescientos cinco metros. Cayó junto a Zaldierna, pueblecito inmediato a Ezcaray, sobre paraje accidentado y escabroso, donde custodiado por hombres del campo, quedó la noche del 30. Las Autoridades y todos los habitantes de aquellos pueblos, llenos de júbilo, extremaron sus atenciones con los astronautas, alojándoles con todo desinterés y simpatía.

Mediante palomas mensajears, que llevaba Vives, comunicó en seguida a Guadajara el descenso y por telégrafo a Burgos el día 31. Avisó a Autoridades y Guardia Civil de los pueblos comarcanos ofreciendo importante cantidad como premio para quien entregase una cartulina que fuerte golpe de viento arrebató, durante la ascensión, de manos del Astrónomo alemán Berson, quien había anotado en ella todas sus observaciones, las que nunca se encontraron .

El «Urano» fue el último globo libre del que llegaron noticias. Bajó en Prejano (Logroño) paraje, muy accidentado. El señor Arcimis regresó a Burgos y Kindelan se quedó para recoger el aerostato.

De los tres globos-sondas lanzados el día 30 fue el primero antes de empezar el eclipse, el segundo muy próximo a su totalidad y quedó recogido en Oteiza (Navarra), a las dos de aquella tarde. El tercero, que subió terminado el fenómeno celeste, cayó en Soslada, pueblo navarro, también. Eran aldeanos quienes en estos casos recogieron con gran cuidado tales globos sin tripulantes y los entregaron en las respectivas Alcaldías. Aquellas oportunas observaciones tan previsoras como minuciosas, que Vives había publicado en los periódicos resultaron pues muy eficaces.

Las observaciones desde globos no terminaron el día del eclipse. Al siguiente, para análisis comparativos y a las mismas horas en que se tomaron aquéllas, practicáronse otras desde el «Cierzo», globo prestado por el Aero-club. Lo pilotó el Capitán de Ingenieros Gordejuela, acompañado por el Teniente Ramis, del Parque de aerostación de Guadalajara y por el aeronauta austriaco Teniente Herr Franz Von Valmagini. Partió de las inmediaciones de la fábrica de gas, situada entonces en el Barrio Jimeno, e inmediata a la vía del ferrocarril. Presenció la ascensión numeroso público que al iniciarse dedicó a los aeronautas estruendosa salva de aplausos. Permaneció casi toda la tarde a la vista de la ciudad, salvo algunos ratos entre nubes y dirigiéndose después hacia el sur, descendió felizmente en Quintanilla Somuño. Sus tripulantes regresaron a Burgos aquella noche.

\* \* \*

Dio el eclipse ocasión para que en París se ofreciera a Burgos la delicadeza de un homenaje en honor del Cid. En la noche del 30 de agosto, después de representarse la tragedia de Corneille, proyectarían fotografías pedidas de los más artísticos monumentos burgaleses, y de los relacionados con el Campeador, como eran su conservado solar y el Monasterio de Cardeña. Trataban también de que fragmentos del Romancero cidiano se recitasen en español. Y exhibirían como final retratos de los sabios más notables que, tan amablemente acogidos, trabajaban en Burgos.

De extraordinario mereció calificarse el triunfo de María Guerrero en la noche del 30 al ser llamada numerosas veces a escena, entre aplausos atronadores, representando «Locura de amor». Seguidamente regresó a Bilbao con su marido.

Celebróse en la mañana del 31 el asalto de armas organizado por la Sociedad de Esgrima en el «Salón de Recreo».

Durante la tarde del postrer día de agosto y todo el siguiente las habitaciones que ocupó la Real Familia en el Palacio de la Diputación estuvieron, antes de retirar de ellas el mobiliario y decoración circunstanciales, abiertas al público que, visitándolas, satisfizo su natural curiosidad.

Ultimo festejo fue una gran retreta muy espectacular en la noche del 31. Prestábase para celebrarla la numerosa guarnición que entonces tenía Burgos: cinco Regimientos y dos Co-

mandancias de Tropas. Con jóvenes Oficiales de los distintos Cuerpos se formó la Comisión Organizadora. Rivalizaron todos por su actividad y buen gusto al preparar entusiasmados grandes faroles artísticos y carrozas simbólicas. Entre éstas destacó la representativa de la Industria. Aunque no formara en la retreta toda la guarnición, produjo un efecto fantástico el gran número de soldados que, portando bengalas y antorchas, iluminaban calles, puentes y plazas de la ciudad en rápido desfile entre músicas incesantes por largo itinerario. Desde el cuartel —hoy a punto de derribarse—, sito en el comienzo del Paseo de la Quinta, salió a las calles de San Pablo y La Calera, atravesando el Arlanzón sobre el puente de Santa María, penetró en el Arco monumental pasando ante el viejo Palacio del Prelado, quien desde él vería la retreta, siguió ésta por las calles de Lain Calvo y del Cid —(hoy Cardenal Segura)— Plaza Mayor, cruzó bajo el Ayuntamiento al Espolón, siguió al puente de Santa María, carretera de Valladolid, puente de San Pablo y por la Calle de Vitoria fue a terminar en el lejano cuartel de Fernán González.

\* \* \*

Al marcharse Alfonso XIII dedicó mil pesetas a los pobres y Casas de Caridad de Burgos. La Ex-Regente, respetando el rango de su hijo, dio para idéntico fin sólo la mitad. Eran cantidades entonces estimables. Y fueron entregadas con el inevitable protocolo. Las recibió el Alcalde por separado, con sendos oficios de 30 de agosto en los que el «Inspector General de los Reales Palacios», don Manuel Zarco del Valle, remitía las respectivas cantidades de orden de Su Majestad, comunicada por el Excmo. Sr. Mayordomo Mayor de SS. MM., Jefe Superior de Palacio.

La multitud forastera se dispersó con rapidez. Pronto, en setiembre, la ciudad modesta volvió a su natural vida tranquila y monótona, saboreando la satisfacción del triunfo.

«Diario de Burgos» reprodujo de otro periódico, ajeno a nuestra ciudad, el siguiente elogio muy justo. «Burgos ha dado estos días pruebas elocuentes de ciudad hospitalaria. Ni fondistas, ni hospederos, ni particulares han abusado de los forasteros. Los precios no han sido mayores que en otras ocasiones extraordinarias. La Comisión del Municipio ha trabajado mu-

cho y bien para facilitar hospedaje. Gracias a ello muchos forasteros no han dormido en la calle. A los periodistas se nos han dado toda clase de facilidades para informar y se nos han dispensado toda clase de atenciones. Los Corresponsales extranjeros van encantados. Burgos ha hecho mucho por el buen nombre de España».

— II —

«DESPUES DEL ECLIPSE»

Aquella temprana visita que a la clausura de la Cartuja hizo el día del eclipse la Familia Real motivó que ésta intensificara su afecto al histórico Monasterio y estrechase sus relaciones con él. Al ver la Reina Madre cuán penitente era la vida de los Cartujos, sintió lástima de que, por su Regla, salieran de paseo, sólo una tarde en cada semana. Y manifestó vivo deseo de que, como gratitud por la acogida tan amable que ella y sus hijos allí recibían y para celebrar el acontecimiento extraordinario de la visita regia, se concedieran a la Comunidad, como excepcionales, tres tardes de paseo. Respondióla el Prior, sencillamente, que carecía de facultades para ello. Preciso era que lo autorizasen en Roma. Doña María Cristina lo gestionó desde luego mediante el Arzobispo de Burgos que, pocos días después, planteaba el caso al Cardenal español Merry del Val, Secretario de Estado del ahora Santo y entonces Papa, Pío X.

Traducida la respuesta italiana del Cardenal —10 de setiembre—, decía que «Por deferencia a la Augusta Señora se ha designado su Santidad añadir tres días de recreación a aquellos que la Regla y Constitución de la Cartuja de Miraflores determinan para los monjes allí residentes...». El Prelado de Burgos se apresuró a elevar a la Reina Madre tan satisfactoria respuesta y escribió al Prior de los Cartujos habérseles concedido «tres días de recreación para que puedan dar buenos paseos». Desde San Sebastián, la exRegente de España devolvía aquella carta de Merry del Val al Arzobispo manifestándole su «viva y sincera satisfacción de que el Santo Padre se ha dignado acoger benévolamente mi ruego en favor de los Religio-

«sos de la Cartuja de Miraflores». Pero... ¿llegaron éstos realmente a disfrutar del beneficio así logrado? .. Leí cuantas cartas relativas al asunto permanecen archivadas y ni recuerdo queda en la Cartuja de más paseo que el ordinario, semanal, de tres horas por el campo, generalmente los lunes, designado de antiguo con el castizo y significativo nombre de «espaciamento» por los monjes, quienes durante él hablan entre sí. Se ha exagerado la mortificación del silencio en la Cartuja.

El Padre Prior, que era francés, limitóse a escribir a la Reina Madre muy expresivamente la gratitud suya y de la Comunidad, ofreciendo oraciones para que Dios bendijese a la Real Familia. Nada más. Y parece lógico que, de haberse realzado los extraordinarios paseos, dijera el Prior a la Ex-Reina lo que silenció en su carta: la satisfacción de los monjes por haberlos disfrutado. Debíoles de parecer a éstos y a aquél suficiente el semanal paseo reglamentario. Y al tratarse en definitiva de un mero privilegio, resultaba siempre renunciable.

Quiso el mismo Prior corresponder con un obsequio. Próximo el 6 de octubre, fiesta de San Bruno, escribió una carta afectuosa a la Infanta D.<sup>a</sup> María Teresa. Recordaba haberla oído el día del eclipse que era muy devota de aquel santo, lo cual —agregaba el monje—, «si halagó por aquel instante mi amor propio de Cartujo, me obligaba a pensar en el modo con que yo podría contribuir a aumentar en V. A. R. dicha devoción». Y la ofrecía un libro con la vida del fundador de la Orden, que un Padre perteneciente a ella había escrito. «Nuestro pobre obsequio —terminaba—, lo presentará a V. A. R. el Excmo. Sr. Mayordomo Mayor de Palacio». Este acusó al Padre Prior recibo de tal libro «que había tenido el honor de poner en mano de la Augusta Señora». Enviaba además por su parte el Mayordomo Mayor «muy expresivas gracias por el rosario que ha tenido la bondad de remitirme». No pudo estar más obsequioso con todos el Prior de Miraflores.

La Condesa de Mirasol, «Teniente Aya de S. A. F. la Serenísima Señora Infanta D.<sup>a</sup> María Teresa», contestó también al Prior cumpliendo órdenes de su Augusta Señora y en fecha muy oportuna. «Fiesta de San Bruno. Madrid 1905», es el encabezamiento de la epístola. Agradecía en ella muchísimo la Infanta el obsequio del libro «en atención a su gran devoción al Santo fundador de los Cartujos» y encomendaba al Prior y a todos



que en sus oraciones «pidan al glorioso San Bruno sea siempre especial protector de la Real Familia».

Ví el Album que en la Hospedería de la Cartuja ofrecen a personajes ilustres para constancia auténtica de su visita. En cada página, paralelas columnas verticales encabezadas por los conceptos de «Nombre», «Patria», «Residencia» y «Profesión», sirven para que el visitante pueda concreta y ordenadamente declarar sus condiciones personales. Sólo queda a la derecha otro espacio más amplio para observaciones posibles. El día del eclipse las Personas Reales se acomodaron en sus manifestaciones a la estructura del Album. Las inició el Monarca consignando: «Alfonso»-«España»-«Madrid»-«Rey». Y tan sólo las dos Infantas D.<sup>a</sup> María Teresa y D.<sup>a</sup> Isabel utilizaron la columna dedicada a «Observaciones». Aquella hizo constar con signo admirativo: «Tengo gran devoción por San Bruno!» D.<sup>a</sup> Isabel escribió a su vez: «Admiro mucho la Cartuja». Fueron espontáneas manifestaciones emotivas al contemplar de cerca la penitente vida de los monjes.

Lo ocurrido el día del eclipse tenía precedentes. Según el libro «Becerro» al visitar la Cartuja el Rey en 1902 expuso su idea de pedir al Papa que los monjes comieran un día carne, pero el Prior le disuadió pues, si alcanzara tal permiso, no se utilizaría. También entonces dijo aquél que su hermana M.<sup>a</sup> Teresa era muy devota de San Bruno. Y por ello, la envió el Prior estampas del Santo.

\* \* \*

Tras de tantos afanes por razón del eclipse y conseguido un éxito feliz en todas las gestiones municipales, era obligado que se reconociera así oficialmente. Reinaba un contento general. Todo fueron expresiones de agradecimiento y felicitación.

Muy satisfecho Alfonso XIII, podía al salir de Burgos sentirse orgulloso de ser Rey de España. Los dos días pasados en él hiciéronle ver el enorme esfuerzo de la ciudad que, organizada asombrosamente para tan excepcional ocasión, consiguió pudiera trabajar en ella, muy a su gusto y con eficacia, una pléyade de sabios. Y que multitud de extranjeros disfrutasen, logrado su deseo de contemplar cómodamente en nuestra nación el eclipse total.

Una Real Orden del Ministerio de la Gobernación comunicó al Gobernador Civil y al Alcalde de Burgos que «Su Majes-

tad ha dispuesto se manifieste a V. E. la satisfacción con que ha visto el celo e inteligencia desplegados dando facilidades a Astrónomos españoles y extranjeros para hacer observaciones». Y no tardó mucho en conceder el Rey la Gran Cruz de Isabel la Católica, como premio, a nuestro Alcalde.

Este, por oficio enviado a cada uno de los componentes de la Junta Ejecutiva, les notificó el acuerdo municipal de «significar su profunda gratitud por la valiosa cooperación que con tanto celo e interés se ha servido prestarla como dignísimo Vocal de la Junta».

Muy sinceras gracias expresó mediante oficio el Ayuntamiento al Prelado por la cesión del Seminario, al Cabildo Catedral, Parroquia de San Esteban y demás que facilitaron, para exhibir en público, las magníficas series de tapices antiguos y al Capitán General por sus muchas ayudas, tan valiosas. El Municipio obsequió a los empleados de su Secretaría por el recargo de trabajo y acordó constara éste como mérito especial en las hojas de servicio. La primera Junta General de socios, que celebró «Salón de Recreo» consignió en acta —14 de enero de 1906— cómo la Sociedad «con motivo del extraordinario suceso... se esforzó en procurar hacer dignamente los honores de la casa, sirviendo de albergue a los miles de forasteros que nos honraron con su visita, ampliando el servicio de restaurante en proporción extraordinaria y dando una serie de fiestas que fueron honradas por brillantísima concurrencia, por todo lo cual esta Sociedad se vio favorecida por los plácemes de los señores forasteros nacionales y extranjeros, del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad y por la Prensa en general». Meses antes, en setiembre de 1905, la Junta Directiva refiriéndose a la inmensa concurrencia que en los días del eclipse asistió a esta Sociedad «...y al trabajo extraordinario que sobre el personal ha pesado, autorizó a los Señores socios D. Tomás Conde y D. Nicolás Plaza para que, en la medida de sus respectivos merecimientos, otorgasen a cada cual la gratificación pecuniaria que estimasen conveniente».

\* \* \*

El desinterés en la actuación de la Junta Ejecutiva fue absoluto. Leí un expediente «Promovido por el Capitular Sr. Amézcaga sobre que se mande hacer medallas conmemorativas del eclipse solar con objeto de regalar una a cada Sr. Vocal de

la Junta». No se había aún disuelto ésta. Serían cincuenta medallas, todas de plata, con un emblema que recordase el gran acontecimiento y probara la gratitud a los Concejales y personalidades respetables de la Ciudad por los buenos servicios que la prestaron. Al ser verbal tal proposición acordó el Ayuntamiento que se formulara por escrito y dictaminase sobre ella la Comisión de Gobierno. Lo hizo ésta favorablemente, más quedó el asunto sobre la mesa a petición del Concejal D. Rodrigo Arquigaga. Y días después, amplia discusión convenció de que ningún Vocal de la Junta aceptaría tal medalla. Por tanto, retiró la Comisión su dictamen y el Sr. Amézaga la propuesta.

\* \* \*

La Comisión de Festejos había organizado un concurso de fotografías del eclipse para exponerlas al público. Quedaría así un recuerdo documentado del suceso, consiguiéndose dos grupos distintos de ellas según la convocatoria. Uno con las hechas propiamente del fenómeno astronómico mientras duraba. Otro con las que durante sus diversas fases se obtuvieran del paisaje burgalés. Pudieron concurrir españoles y extranjeros, profesionales o aficionados. Indeterminado era el número de fotografías presentables para el primer grupo. Las del segundo serían cuatro al menos: una anterior al comienzo del eclipse; dos empezado ya, pero antes de su totalidad y otra durante ésta.

Se premiaba cada grupo con tres recompensas: diploma de medalla de oro, de medalla de plata y de mención honorífica. Los dos diplomas de medalla tenían aneja una recompensa en metálico.

Dióse al concurso la mayor publicidad en la prensa local y de Madrid, repartiéndose además por España y el extranjero profusamente las bases impresas. Las fotografías habían de entregarse entre el 5 y el 12 de setiembre, con un lema igual para todas las de un mismo autor, en sobre cerrado que al exterior ostentase el lema, como también otro igualmente cerrado donde se contuviera el nombre, apellidos y domicilio del concursante. Acudieron quince expositores. No eran pocos, dado lo forzoso y difícil del tema. El Observatorio Astronómico de Madrid, presentó, fuera de concurso, tres fotografías, sólo para figurar en la exposición abierta del 14 al 20 de aquel mes. Fallaron

como componentes del Jurado D. Gerardo Pérez Villarejo, Director del Instituto, D. Juan Albarellós, Director del «Diario de Burgos» y el Secretario Municipal D. Isidro Gil.

Las fotografías del primer grupo, premiadas con diploma de medalla de oro, tuvieron por lema cuatro versos franceses de la tragedia «Le Cid» de Pierre Corneille. Presentólas «Mr. Ferdinand Courty Astronome de la Missión de l'Observatoire se otorgó a un señor domiciliado en Alfaro (Logroño). Y al de Bourdeaux». El Diploma de medalla de plata en este grupo adjudicar el tercer premio de mención honorífica a un fotógrafo profesional de Burgos D. Julio Montes, calificó el Jurado su trabajo de «muy interesante y de efecto artístico muy bello», añadiendo que, de haber tenido atribuciones para crear un nuevo premio, se lo hubiera adjudicado.

En el segundo grupo de fotografías mereció el diploma de medalla de plata D. Juan López Soler, Capitán de Estado Mayor que durante el eclipse realizó desde tierra observaciones relacionadas con las hechas en la barquilla del globo «Júpiter». Tuvo este Oficial un rasgo simpático de generosidad. Al corresponderle por su premio una cantidad en metálico dispuso que se entregada a los padres pobres del niño que hubiese nacido en Burgos durante la hora más próxima a la de la totalidad del eclipse. Resultó haber nacido en la calle de San Cosme a las 5 de la tarde del 30 de agosto Celedonio Gutiérrez Masa, hijo de Ascensión y de José, de oficio «tejedor», calificándose probablemente así a algunos de los muchos jalmeseros que en aquel barrio había entonces dedicados a este viejo oficio artesano, ya lamentablemente perdido. Muerto el 5 de septiembre el padre de aquella criatura, recibió la viuda el dinero obtenido por el Capitán López Soler quien retiró tan sólo su diploma. Los concursantes premiados en el segundo grupo tenían sus domicilios en Palencia y Granada.

\* \* \*

D. Octaviano Romero, el primero de abril del año siguiente al del eclipse dio en la Sociedad «Salón de Recreo» muy interesante conferencia sobre «Química celeste e investigaciones espectroscópicas realizadas en el último eclipse de sol desde el globo Júpiter». Comenzó recordando con gracia el escepticismo de la gente sobre Astronomía, expresado en la popular copla:

«El mentir de las estrellas/es un seguro mentir/porque ninguno ha de ir/a preguntárselo a ellas...». Mas la desmintió en seguida porque los espectroscopios modernos permiten conocer la composición de los cuerpos luminosos. Y precisamente para averiguar la del sol había ido él con el Teniente Coronel Vives y el sabio alemán Berson a más de 4.300 metros en emocionante ascensión que describió. Desde la barquilla del «Júpiter» el 30 de agosto anterior perdiendo de vista la ciudad con sus torres incomparables, las frondosas alamedas burgalesas, el Arlanzón, cual serpenteante hilillo de planta... Remontaron una compacta masa de cúmulos, que pudo impedirles toda observación, pero al fin vieron un cielo diáfano de transparencia incomparable, extendiéndose bajo sus pies blanca llanura de nubes. La totalidad del eclipse se acercaba y en el solemne silencio de las alturas comenzaron sus trabajos. Podía afirmarse un hecho: el sol es eminentemente gaseoso y sus cuerpos componentes se superponen en orden de las respectivas densidades. El más ligero —el coronio— le cierra y limita. Tras la totalidad del eclipse sorprendióles desagradable sensación de frío no prevista. Fuerte viento que les empujaba a la sierra de la Demanda arrebató al Profesor Berson el papel donde llevaba escritas sus observaciones, pérdida muy limentable. Después del descenso supieron el peligro pasado de que les fusilara a quemarropa un pobre guarda en el paroxismo del terror al ver venirle encima el globo. La conferencia de Romeo enjundiosa y amena gradó mucho y se imprimió (2). Su tema fue complemento de la también pronunciada por él en 1900 después del eclipse que estudió en Plasencia.

\* \* \*

De cuantos en la víspera del eclipse de sol vieron colocar la piedra primera de un monumento al Cid en la Plaza de Castilla ninguno pudo sospechar que al mismo tiempo eran testigos de que ahí se ponía también la última. Lo cual sucedió por haberse erigido en definitiva la estatua del Campeador medio siglo después y en lugar distinto del primeramente señalado. Hubo de sacarse la arqueta de hierro enterrada en aquella

---

(2) Imprenta y Litografía de Hijos de Santiago Rodríguez. Pasaje de la Flora, núm. 12. (36 páginas).



plaza con documentos y monedas. El 25 de julio de 1955, concluido el monumento y siendo alcalde D. Florentino Díaz Reig se inauguró, por fin, con máxima solemnidad en la Plaza del General Primo de Rivera, mirando al puente de San Pablo. Sería extenso relatar las vicisitudes por las que no pudo levantarse en el sitio donde fue colocada su primera piedra. El monumento al Cid se levantó sin suscripción popular, por acuerdo que en 1947 tomó el Ayuntamiento presidido por D. Carlos Quitana. Este con el Presidente de la Comisión de Hacienda Municipal, el Secretario Fernández Villa y el Archivero de la Corporación, Díaz de la Lastra, fueron a Madrid para conocer directamente las obras del escultor Juan Cristóbal y tratar con éste si les satisfacían, como así sucedió. Quedó contratada la gran estatua de bronce que hoy contemplamos. Se erigieron también otras ocho más pequeñas, de piedra, obra del escultor Lucarini Macazaga, representativas de personajes íntimamente unidos en vida con el Cid, colocadas en el puente de San Pablo contiguo al monumento. Forman en su conjunto como un retablo cidiiano de gran fuerza evocadora y dan al puente verdadera monumentalidad. Cuantos viajeros pasan en coche por Burgos hacia o desde las Provincias del Norte han de cruzar el Arlanzón sobre este puente y junto a la enorme estatua de Rodrigo Díaz. En ambos lados de su pedestal, se inscribieron, traducidos, dos pequeños fragmentos de cronicones medievales que dedican al Cid los máximos elogios con plena imparcialidad, pues son aquellos uno francés y árabe el otro. El fracasado proyecto inicial de levantar la estatua del Cid en la Plaza de Castilla hubiera resultado grave error. El tránsito por aquel lugar es ahora escaso y la ciudad se ha extendido mucho en sentido opuesto.

A la inauguración del actual monumento al Cid por el Jefe del Estado, que pronunció un discurso, dedicó el Cronista de la Ciudad D. Teófilo López Mata una «Crónica de la Conmemoración Cidiana. Verano de 1955, con muy detallada descripción de cuantos festejos entonces se celebraron. Y el excelentísimo Ayuntamiento, con innegable acierto, editó entre sus acostumbradas «Publicaciones» dicha interesante crónica.

Bien cancelada quedó la deuda que Burgos tenía pendiente con «El Campeador».